



DEPARTAMENTO
DE PSICOLOGÍA

FACULTAD DE
PSICOLOGÍA
Y EDUCACIÓN

PONTIFICIA
UNIVERSIDAD
CATÓLICA
ARGENTINA

Rector
Mons. Dr. Alfredo H.
Zecca

Vice Rector
Ernesto Parcelis
Secretario Académico
Jorge Nicolás Lafferriere

Decano Interino
Ernesto Parcelis
Secretario Académico
Santiago Bellomo

Directora
Departamento de Psicología
M. Cristina Griffa
Secretaria Académica
Cecilia M. Loitegui
Asesor Técnico
M. Verónica di Genaro

Av. Alicia M. de Justo 1500
Ciudad de Buenos Aires
C1107AFD - Argentina
Tel.: 4338-0805
revistapsicologia@uca.edu.ar

revista de PSICOLOGÍA

Revista N° 3 - Volumen 2 - Año 2006

CONSEJO EDITORIAL

- Luis Ahumada Figueroa** (*UCV, Valparaíso, Chile*)
Amada Ampulia Rueda (*UNAM, D.F., Mexico*)
Cleomar Azevedo (*PUC de San Pablo, San Pablo, Brasil*)
María Rosa Caride (*UBA, Buenos Aires, Argentina*)
María Martina Casullo (*CONICET, UBA, UP, Buenos Aires, Argentina*)
Mario Carretero (*FLACSO, UNAM*)
Nuria Cortada de Kohan (*UBA, UB, UK, Buenos Aires, Argentina*)
Cristian Cortés Silva (*PUCC, Santiago, Chile*)
Néstor Costa (*UK, AFIPA, Buenos Aires Argentina*)
Fray Rafael Cúnsulo (*UNSTA, Tucumán, Argentina*)
Orlando D'Adamo (*UB, Buenos Aires Argentina*)
Luis De Nicolás (*U.D., Bilbao, España*)
Juan Francisco Diaz Morales (*UCM, Madrid, España*)
Carlos Díaz Usandivaras (*UB, Inst. Familia, Buenos Aires, Argentina*)
Ana Inés di Gianni (*UBA, USAL, Buenos Aires, Argentina*)
Roberto Doria Medina (*UCA, Buenos Aires, Argentina*)
Bernardo Ferdman (*Alliant International University, San Diego, USA*)
Héctor Fernández Álvarez (*AIGLE, UB, Buenos Aires, Argentina*)
Horacio A. Ferreyra (*UCC, UCA, Córdoba, Argentina*)
Silvia Franchi (*UNLP, UCA, Bs. As., Argentina*)
Renata Frank de Verthelyi (*Virginia Tech, Virginia USA*)
Claudio García Pintos (*UCA, Buenos Aires, Argentina*)
Lorenzo García Samartino (*UCA, Buenos Aires, Argentina*)
Rafael Gargurevich (*UCL, Lovaina, Bélgica*)
Pablo Gelsi (*UCU, Montevideo, Uruguay*)
Eva Ada Goldenstein Muchinik (*UBA, Buenos Aires, Argentina*)
Marina Gómez Prieto (*UCA, Buenos Aires, Argentina*)
Fernando González Rey (*Pont. Universidad Católica de Campinas*)
Dora Isabel Herrera Paredes (*UL, Lima, Perú*)
Rainer Holm-Hadulla (*U.H. Heidelberg, Alemania*)
Juan Antonio Huertas (*UAM, Madrid, España*)
David Jáuregui Camasca (*Universidad de San Marcos, Lima, Perú*)
Ethel Kacero (*UBA, Buenos Aires, Argentina*)
Hugo Klappenbach (*UNSL, San Luis, Argentina*)
Francisco Leocata (*UCA, Buenos Aires, Argentina*)
Juan Antonio León (*UAM, Madrid, España*)
Elena Lugo (*Universidad de Puerto Rico, Cabo Largo, Puerto Rico*)
Helena Lunazzi (*UNLP, Buenos Aires, Argentina*)
Carlos Maffi (*UP. Paris, Francia*)

Facundo Manes (*INECO - UCA, Buenos Aires, Argentina*)
Miguel Marquez (*Hospital Francés, Buenos Aires, Argentina*)
María Elisa de Mattos Pires Ferreira (*UNIFIEO, San Pablo, Brasil*)
María Isidora Mena (*PUCC, Santiago, Chile*)
Ignacio Montero García-Celay (*UAM, Madrid, España*)
José Eduardo Moreno (*CONICET- UCA, Buenos Aires, Argentina*)
Amelia Musacchio (*UCA, Buenos Aires, Argentina*)
Bernardo Nante (*USAL, Buenos Aires, Argentina*)
Salvatore Parisi (*SRR, Roma, Italia*)
Alicia C. de Pereson (*UCA, Buenos Aires, Argentina*)
Patrizia Pes (*SRR, Roma, Italia*)
José María Pincemin (*UCA, Paraná Argentina*)
Abelardo Felix Pithod (*UNC - CONICET, Mendoza, Argentina*)
Pedro R. Portes (*UOFL, Louisville, EE.UU.*)
Juan Ignacio Pozo (*UAM, Madrid, España*)
Janine Puget (*Buenos Aires, Argentina*)
Marco Antonio Recuero del Solar (*PUC de Chile, USACH, Chile*)
Cristina Richaud de Minzi (*CONICET, Buenos Aires, Argentina*)
Alberto Rosa Rivero (*UAM, Madrid, España*)
Cecile Rausch Herscovici (*USAL, Buenos Aires, Argentina*)
María Rodríguez (*UAM, Madrid, España*)
Martha Verónica Rodríguez (*USAL, Buenos Aires, Argentina*)
Nésor Roselli (*IRICE-CONICET, Rosario, Argentina*)
María Lucrecia Rovalletti (*CONICET, UBA, Buenos Aires, Argentina*)
Juan José Sanguineti (*USC, Roma, Italia*)
Jorge Serrano (*UCL, Lovaina, Bélgica*)
María Tamashiro Sakuda (*PUC Perú, Lima, Perú*)
Antonio Tena Suck (*Universidad Iberoamericana, México*)
Lilia Urrutia de Palacios (*UCSMLA, Panamá, Panamá*)
Daniel Valdez (*FLACSO, UAM, UBA, Buenos Aires, Argentina*)
Stella Maris Vázquez (*CONICET, CEFIP, Buenos Aires, Argentina*)
Orlando Villegas (*Clinica Southwest, Michigan, USA*)
Alicia Zanotti de Savanti (*UCA, Buenos Aires, Argentina*)

DIRECTOR

Raúl N. Astudillo

EDITOR

Gustavo Daniel Beláustegui

COLABORADORA EJECUTIVA

María Verónica Di Genaro (*UCA, Buenos Aires, Argentina*)

revista de
PSICOLOGÍA

Incluida en la base de datos EBSCO el 29 de septiembre de
2005 en cumplimiento de los parámetros y calidad editorial.

SuMARiO

ARTÍCULOS

El Burnout (desgaste profesional), sentido existencial y posibilidades de prevención.

ALFRIED LÄNGLE 5

Impacto psicológico del divorcio sobre los niños.

JORGE A. SERRANO 27

Los sesgos cognitivos en la toma de decisiones.

NURIA CORTADA DE KOHAN Y GUILLERMO MACBETH 55

Notas para una reformulación de la epistemología junguiana
Primera Parte

BERNARDO NANTES 73

La racionalidad humana: Breve reseña sobre estado de la cuestión.

HUMBERTO FERNÁNDEZ 101

Condicionantes sociales del malestar subjetivo en un entorno de crisis y desempleo masivo.

ROXANA M. R. BOSO Y AGUSTÍN SALVIA 119

Estudio sobre la noción de “Autopsia psicológica” desde el enfoque bibliométrico.

MARÍA ELENA BRENLLA 149

RECENSIONES BIBLIOGRÁFICAS

Familia y Desarrollo Psicológico. Enrique Arranz Freijo (2004).
Pearson Educación, Madrid.

ALICIA ZANOTTI DE SAVANTI 167

PSICO Revista Quadrimestral da Faculdade de Psicologia da Pucrs, Rio Grande do Sul – Brasil, Porto Alegre, 36 (1) 1-109, jan/abr 2005; 36 (2), 111-223 y .36 (3), 225-327 set-dez 2005. ISSN 0103-5371.

FERNANDO SILBERSTEIN 175

COLABORADORES PERMANENTES

Carlos Boronat (*UCA, Buenos Aires, Argentina*)

María Cristina Griffa (*UCA, Buenos Aires, Argentina*)

Francisco Guarna (*UCA, Buenos Aires, Argentina*)

Rolando Salinas (*UCA, Buenos Aires, Argentina*)

María Inés Sivori (*UCA, Buenos Aires, Argentina*)

El Burnout (desgaste profesional), sentido existencial y posibilidades de prevención

Alfried Längle
CIANAE. Viena, Austria

Resumen

El *Burnout* o desgaste profesional¹ puede ser entendido como un síntoma en la persona que adopta una actitud no-existencial hacia la vida y la propia existencia. La representación equivocada de la realidad existencial es a tal grado que se manifiesta a través de síntomas de deficiencia vital a nivel somático y psicológico y también puede ser entendido como una protección interna contra un ulterior daño. La prevención del burnout puede derivar de esta comprensión existencial. Esta tiene similitud con la prevención de adicciones y se extiende desde programas de conducta para el desarrollo de la personalidad hasta el tópico central: el análisis de las actitudes existenciales.

Este trabajo trata sobre la relación entre las actitudes existenciales con la experiencia y la práctica.

Abstract

Burnout or professional fatigue can be understood as the symptom adopted by a person of a non-existential attitude towards life and her or his own existence. The erroneous representation of existential reality is of such extent that it becomes evident –in the somatic and psychological level– through symptoms of vital deficiency, and, it can also be understood as an internal defense against further harm. Burnout prevention can arise from this existential understanding. It is similar to the prevention of addictions, extending from behavioral pro-

Traducido por: Graciela Caprio
Correspondencia: Alfried Längle
Sociedad Internacional de Logoterapia y Análisis Existencial
alfried.laengle@existenzanalyse.org

grams for personality development up to the chore subject: the analysis of existential attitudes. This paper encompasses the relationship between existential attitudes with experience and practice.

Palabras clave: Burnout, Existential Therapy, logotherapy, occupational stress, occupational neurosis, work adjustment training, work related illnesses, health promotion.

Key words: Burnout, Terapia Existencial, Logoterapia, Estres Ocupacional, Neurosis ocupacional, Entrenamiento al Ajuste Laboral, Enfermedades relacionadas con le trabajo, promoción de la salud.

Evolución del concepto y la definición del burnout

El *burnout* puede ser descrito como un conjunto específico de síntomas psicológicos que aparecen en el contexto laboral. El primero en identificar y definir los síntomas fue Freudenberger en 1974. En su trabajo Freudenberger observó una serie de síntomas característicos como agotamiento, irritabilidad y cinismo en personas que trabajaban voluntariamente en organizaciones de ayuda. Estos voluntarios habían desarrollado su tarea con gran dedicación y entusiasmo por muchos meses hasta la aparición de estos síntomas. A partir de estas observaciones Freudenberger describió esto como “burned out”, como un *quemarse* en contraste con el “ardiente entusiasmo” del principio (Freudenberger et. al., 1992; Schabb, 1993; Karazmann, 1994).

Maslach brinda una importante descripción de burnout (1983, p.3): *El Burnout es un síndrome de agotamiento emocional, despersonalización y reducido rendimiento que puede ocurrir entre individuos que desempeñan algún tipo de trabajo asistencial.*

Sin embargo otros autores opinan que el burnout no está restringido sólo a profesionales de servicio social. Por ejemplo Pines y Aaronson (1988) consideran el burnout como un síntoma de agotamiento extremo y esto puede ocurrir en cualquier profesional o incluso en trabajadores no profesionales (por ej. amas de casa)

De acuerdo con Maslach y Jackson (1981 –citados por BROSCHE, 1994, 156f.), las causas primarias del burnout son agotamiento emocional, “despersonalización” y una disminución de la productividad. Veamos la siguiente tabla:

Tabla 1.

Los síntomas propios de burnout para Maslach y Jackson (1981)

1. agotamiento emocional:

fatiga crónica, (aún con la mera idea del trabajo), disturbios y desórdenes del sueño, síntomas físicos difusos, propensión a enfermedades.

2. despersonalización-deshumanización:

negatividad, actitudes cínicas hacia colegas, sentimientos negativos hacia la gente que necesita ayuda, sentimientos de culpa, retraimiento, conducta evasiva, reducción del trabajo, automatismo y rutina estereotipada.

3. reducción de la eficiencia y descontento con logros:

sentimiento subjetivo de fracaso e impotencia, falta de reconocimiento, sentimientos predominante de insuficiencia y permanente sobrecarga.

Soonek (1994) agrega una lista más larga al modelo de Maslach y Jackson. Soonek introduce el término “inestabilidad vital” para describir los síntomas de depresión, pérdida de euforia, excitabilidad, inhibición, ansiedad, inquietud, desasosiego, desesperanza e irritabilidad. Soonek sugiere que estos síntomas son los que “de alguna manera contribuyen a desarrollar un estado perjudicial” (ibid. 27)

El burnout es una enfermedad de riesgo particularmente entre los médicos. Cuando estos síntomas del burnout se combinan con depresión, dependencia a las drogas y/o desesperanza, pueden conducir al suicidio, siendo la tasa de ellos respecto de la media poblacional un 50% mayor en médicos hombres austríacos y en 25% mayor en las médicas mujeres austríacas. Resultados similares fueron también hallados en Bamayr y Feuerlein (1984). Sin embargo, debemos mencionar que el porcentaje de suicidios en general es más alto entre los hombres (comparando con las mujeres).

Karaman (1994) estableció que la cantidad de horas semanales que un médico trabaja tiene una relación directa con el agotamiento emocional. Sin embargo, la eficiencia no aparece significativamente afectada por el número de horas de trabajo. De la misma manera que no existe una relación significativa entre los síntomas de despersonalización y la cifra total de horas trabajadas.

Estimaciones a grandes rasgos, con la ayuda de MBI (Maslach Burnout Inventory, *Test Maslach para Burnout*) en EE.UU. ha demostrado porcentajes del burnout en distintos lugares del 10 al 25% en las profesiones sociales. (Schaab, 1993, p.47).

El desarrollo de los estados del burnout son tratados, según los autores, de diferentes formas. Por ejemplo, Freudenberger distingue entre dos estados iniciales, uno con sensaciones y otro sin sensaciones (Burich, 1988, p. 19). En 1992, este autor amplió su descripción hasta incluir 12 estados. Estos comienzan por una compulsión para probarse a sí mismo, continúan con un esfuerzo recargado acompañado por una postergación de las propias necesidades, una reinterpretación de los valores, negación de los problemas resultantes, todo lo cual conduce finalmente al retraimiento, la despersonalización, un vacío interior y un agotamiento total. (Freudenberger, 1992, pp.122-156). Contrastando con esto, Maslach divide las fases del burnout en cuatro partes (Karazman, 1994; Burisch, 1989, p.19):

1. idealismo y sobrevaloración
2. cansancio emocional y físico
3. deshumanización como antídoto
4. fase terminal: síndrome de disgusto (por uno mismo. por los demás, y, finalmente, disgusto por todo) y abatimiento (resignación profesional, enfermedad)

Scham et. al. (1993, p.46) proporciona una descripción etiológica del burnout utilizando tres modelos complementarios:

- i. Explicaciones psicológico-*individuales* subrayan la discrepancia entre las expectativas exageradas respecto al trabajo y la realidad cotidiana

- ii. Explicaciones *socio-psicológicas* que hacen un tributo de las interrelaciones sociales como si fuera la razón principal.
- iii. Explicaciones *organizacional-psicológica* que sugieren que la principal razón del burnout descansan dentro de las estructuras de la organización misma. (Chemiss en 1980 habla de la insuficiente autonomía, conflictivos de roles, poco apoyo y *feedback* de management, expectativas excesivamente altas en relación con los compañeros de trabajo, etc.)

Lo que sigue es un intento de describir el burnout desde la perspectiva del Análisis Existencial. El Análisis Existencial es un modelo de interpretación psicológico-individual. Desde esta perspectiva, se considerará la *dinámica* del burnout. También se describirá los *procesos* en los cuales una persona adopta una particular “actitud existencial”, una actitud que puede conducirla hacia los síntomas y la experiencia del burnout. Finalmente, se hará unas pocas consideraciones acerca de la *prevención* del burnout.

Descripción del burnout desde un punto de vista analítico-existencial

En Análisis Existencial se entiende el burnout como *un estado duradero de agotamiento debido al trabajo*. Este es el síntoma que lidera el burnout y la característica general a partir del cual todos los demás síntomas pueden derivar. Un estado de agotamiento primero afecta el bienestar general de una persona. Después el burnout influye en las experiencias subjetivas para, a su turno, afectar las decisiones, actitudes y acciones. El tipo de agotamiento engloba las tres dimensiones de la existencia que Frankl (1959) describió en su antropología:

Dimensión somática: debilidad física, desórdenes funcionales (ej. pérdida del sueño) y aún predisposición para la enfermedad;

Dimensión psicológica: desgano, estado de amargura, agotamiento emocional, irritabilidad;

Dimensión noética: retraimiento de las demandas y las relaciones, actitudes de desprecio hacia uno mismo y “el mundo”.

Si los síntomas del burnout continúan, esto puede conducir –metafóricamente hablando– a la formación de unas “lentes” que distorsionan toda futura experiencia. La experiencia de la persona –del mundo interno y del mundo externo–, será vista a través de estas “lentes” y se verá caracterizada por un sentimiento de *vacío* generalizado debido a la persistente falta de energía somático-psicológica. Esto irá acompañado por una creciente pérdida de orientación. Como consecuencia de ello, los sentimientos de vacío podrán estar acompañados por un sentimiento general de falta de sentido, que puede llegar a expandirse a otros aspectos de la vida (desde el trabajo hacia el ocio, y aún dentro de la esfera privada) y podrá, finalmente, consumir la vida de la persona en su totalidad.

El burnout como una forma especial de vacío existencial

El término *vacío existencial* fue definido por Frankl como una pérdida de interés que puede conducir a un estado de aburrimiento y una falta de iniciativa que puede conducir a la apatía. Como consecuencia, semejante pérdida de interés e iniciativa llevan a un profundo sentimiento de sin sentido (Frankl. 1983, p. 10 y p. 140). Los síntomas predominantes del burnout son similares al *sentimiento de vacío y falta de sentido*, dos síntomas importantes que planteara Frankl para caracterizar el vacío existencial. Por lo tanto el burnout puede ser entendido dentro del encuadre de la Logoterapia. Podría ser visto como una forma especial de vacío existencial que también incluye síntomas físicos como el agotamiento. A pesar que la apatía y el aburrimiento están incluidos en la definición frankleana de vacío existencial, ninguno de estos dos son síntomas primarios del burnout, sin embargo pueden ser consecuencia de otros síntomas recurrentes.

Estas reflexiones teóricas sobre burnout sirvieron empíricamente de apoyo al estudio que Karazman hiciera (1994) sobre 271 médicos y médicas en Austria. El estudio demostró que los médicos que tenían una sensación de sentido, tanto en su vida privada como en sus vida profesional, mostraban menor predisposición que la media para el burnout. Pero los médicos que tenían manifestaciones del vacío existencial, como se describe en el inventario de Maslach (MBI), mostraban una alta incidencia del burnout mientras

que su eficiencia sólo estaba moderadamente afectada. El vacío existencial va mano a mano con un alto grado de despersonalización (distancia hacia los pacientes) y un alto grado de agotamiento emocional. Se encontró que, estos dos síntomas en particular, continuaban en aumento aún cuando su vida privada era considerada como plena de sentido en contraste con su vida profesional.

¿Cuál es la razón que está detrás de este agotamiento? ¿Qué factores contribuyen a este agotamiento? ¿Por qué algunas personas son susceptibles para el burnout mientras que otras que trabajan aún más que ellas parecen inmunizadas para sufrir el burnout? Desde una perspectiva logoterapéutica, el burnout puede ser explicado como *un déficit en el sentido existencial*. El sentido existencial se caracteriza por una sensación de realización interna y de plenitud. Precisamente esta experiencia de realización interna y de plenitud podrá persistir, aún bajo el aspecto de fatiga y agotamiento, siempre y cuando permanezcan emocionalmente vigentes: la relación con uno mismo, la experiencia de estar llevando a cabo voluntariamente las actividades y la sensación que estas tiene valor (Frankl, 1984, p. 28; Längle, 1994). En contraste con esto, una persona cuya vida está dominada por una búsqueda narcisista, relacionada con la carrera o con la aceptación social, es una vida que carece del sentimiento de plenitud y gratificación emocional (las cuales contribuyen al sentido existencial). Un propósito narcisista demanda energía y genera stress. Cuando lo placentero solamente son los propios logros, aparecerá un sentimiento de vanidad. La vanidad no es ningún buen alimento para albergar en el alma. Incluso, ni siquiera la recreación y la relajación pueden llenar la falta de sentido interno y la falta de experiencia de plenitud. Estas actividades sólo reemplazan la energía física y psicológica que se ha perdido o que ha sido dañada. De ninguna manera estas actividades pueden sustituir el sentido personal (subjetivo) y espiritual inherente a ellas.

Tabla 2.
Confrontación del sentido existencial y el sentido aparente,
con sus respectivos efectos psicológicos.

SENTIDO EXISTENCIAL	APARIENCIA DE SENTIDO <i>BURNOUT</i>
<i>Plenitud</i>	<i>Vacío</i>
las actividades y las experiencias son vividas como valores	sentimiento de estar compelido a la acción, desvalorización de la experiencia en los valores
La vida es creatividad..... agotamiento
dedicación..... sacrificio
diseñada por uno..... diseñada por los demás
apacible..... desapacible
a partir de la persona..... a partir de los hechos
libre..... forzada
responsable..... obligada

Desde una perspectiva logoterapéutica, la persona que está bajo la experiencia de burnout se cierra a un sentido existencial con respecto a las actividades que encara. Esto significa que el sentimiento de plenitud no se logró. Es por ello que el burnout puede ser descrito como un desorden del bienestar, causado por un déficit de plenitud. Un sentido de plenitud es el resultado de una vida dominada por la experiencia y la realización de los valores personales (“valores personales” entendidos como valores subjetivos, *sentidos* como valiosos y atractivos, en contraste con los valores objetivos como por e.g. los valores culturales o sociales).

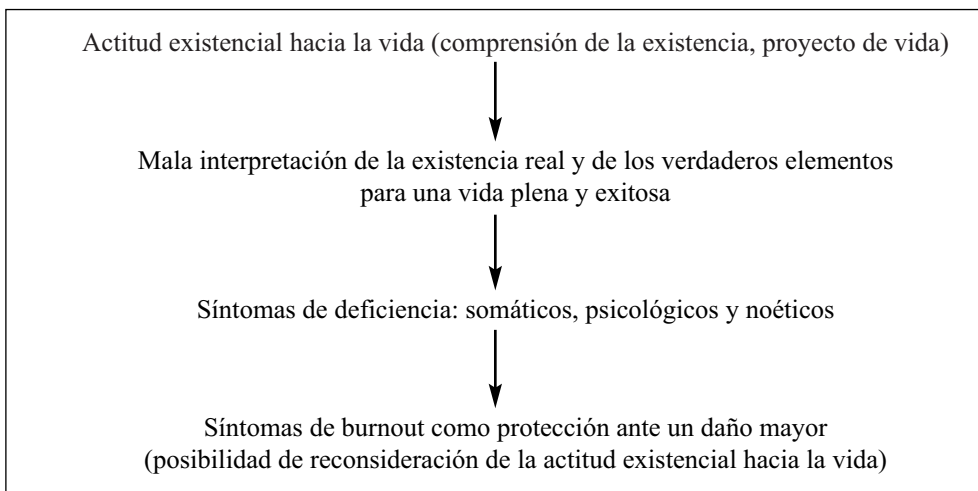
En otras palabras: *la verdadera plenitud en el trabajo es la mejor protección contra el burnout*. Si una persona trabaja con placer e interés en un proyecto y experimenta su vida *sintiéndola valiosa* y llena de sentido, esa persona no está en peligro de precipitarse hacia el burnout. Sin embargo, estos sentimientos o experiencias deben ser bien diferenciados de, por e. g., sentimientos de entusiasmo o infundado idealismo, de idealización y de esperanza –a veces ilusoria– de felicidad y de éxito.

Análisis teórico-motivacional

Si miramos más allá, en el tema de cómo, tal masivo y persistente déficit en el desempeño puede surgir, hallamos una divergencia motivacional teórica, entre la intención subjetiva y la ocupación objetiva.

Tabla 3.

El análisis teórico-motivacional permite ver la divergencia entre el motivo subjetivo de una acción y la tarea objetiva.



Lo que conduce a la gente hacia el extremo del burnout no procede directamente de estar al servicio de un proyecto o una causa, sino de miras subjetivas, tales como: carrera, influencias, reconocimiento, ingresos, aceptación social, obligaciones o incluso por objetivos impuestos (de muchos de los cuales a cualquiera, le gustaría liberarse). Aún cuando parecieran motivos *desinteresados*, tales como los religiosos o de voluntariado humanitario impulsados *por una buena causa*, pueden resultar en discrepancia relacional con el proyecto en sí mismo. Una persona que se acerque a una tarea con una orientación como esta, podrá no estar motivada por el valor sustancial del trabajo, sino por alguna otra consideración externa. Por lo tanto, el hecho de brindar ayuda para ese trabajo específico no será aceptado *por ser un humano particular* o *por una tarea concreta*, pues es frecuente que personas

y tareas se confundan y se cambie una en lugar de la otra. Entonces el verdadero propósito pasa a ser la actividad por sí misma y ya no por el valor inherente al proyecto. En estos casos no hay una dedicación genuina de la persona al proyecto.

tesis 1: El burnout (desgaste profesional) no es el resultado de una motivación en sustancia sino sólo en su forma externa –ajena al proyecto y debida a motivos egoístas– y por eso es que conduce a una dedicación aparente.

Además debemos agregar que, cuando una persona se siente poco atraída y más bien compelida a realizar una actividad específica o un proyecto, el valor de la experiencia no es vivenciada y está ausente.

Estar fuertemente motivado alejado de los valores que son inherentes a las actividades y proyectos, en realidad está sugiriendo que podría haber un déficit subyacente de raíz psicológica. Un análisis formal de las motivaciones nos conduce a una segunda tesis

tesis 2: En la dinámica de la génesis del burnout (desgaste profesional) las acciones son en su mayoría aceptadas por
* **necesidades subjetivas**
y sólo secundariamente por
* **necesidad objetiva**

Estas necesidades subjetivas, en relación al desgaste profesional pueden ser invisibles por un largo período de tiempo, tal como Maslach describe a los trabajadores idealistas⁴ que se dedican devotamente a un gran proyecto con convicción y dedicación. Si un médico desarrolla síntomas del desgaste profesional durante una epidemia de influenza, esto no necesita ser relacionado con un estado inicial de carencia de su parte, sino más bien asociarlo con las demandas de la emergencia. Si un médico se dedica a un proyecto con consentimiento interno y convicción, podrá quedar exhausto pero no mostrará ningún otro síntoma típico del burnout como: cinismo, sentimientos de culpa, vacío y sufrimiento. De manera característica, el desgaste profesional no se ve habitualmente con frecuencia en tiempo de calamidades, más bien aparece durante el trabajo diario.

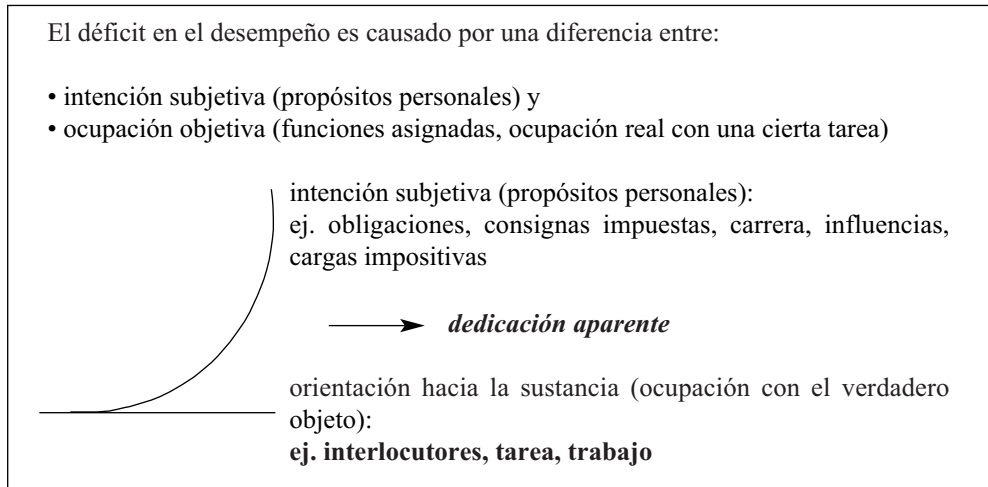
En general para que el desgaste profesional aparezca debe haber una carencia inicial, una actitud no-existencial de raíz psicológica y que puede llevar a la enfermedad. También hay casos en los cuales las actitudes idealistas no se originan en un déficit subjetivo, sino que son adoptadas de la influencia de otras personas o derivadas de convicciones particulares, ideologías o creencias religiosas. En cualquier caso, si la persona no está en condiciones de compensar internamente la pérdida emocional por sus propios medios, las manifestaciones psicológicas que aparezcan serán las mismas. Esto nos genera una vez más la pregunta de cómo pueden ser en general los desórdenes psicológicos o los niveles de carencias internas que residen debajo de los síntomas del desgaste profesional.

La etiología desde una perspectiva existencial

Con frecuencia la génesis del burnout fue explicada formalmente como un excesivo *stress* o trabajo. Como consecuencia de ello, el burnout fue caracterizado por un agotamiento emocional, que hace que las relaciones se vuelvan superficiales y funcionales. Ha sido visto como la causa de la pérdida de autoconfianza y productividad (Karazman, 1994). Nosotros desde una perspectiva analítico-existencial, queremos identificar cuáles son las *actitudes específicas hacia la vida*, que están en la raíz misma del comportamiento y su motivación. Estamos interesados en el grado en que una persona que sufre de burnout sea consciente o inconsciente de estas actitudes basales. Ya sean conscientes o inconscientes, ellas reflejan una comprensión subjetiva de lo que es necesario pensar, percibir y sentir como así también de aquello que realmente cuenta en la vida. Los síntomas del burnout no ocurren accidentalmente sino que brotan de una comprensión personal y subjetiva de la propia existencia que guía las propias acciones. En realidad, la actitud existencial que es adoptada en casos de burnout es aquella que mal interpreta los requerimientos y elementos para una existencia plena y exitosa. Esta mala interpretación se opone a esta produciendo un déficit en el nivel somático, psicológico y noético. En este sentido, el burnout en su etapa final –la disminución de la actividad– puede ser entendido como una respuesta interna para protegerse de un daño posterior para sí mismo. El Análisis Existencial ve esta etapa final como una motivación posible que puede llevar a una persona a reconsiderar sus actitudes hacia la vida.

Tabla 4.

La etiología del burnout desde un punto de vista analítico-existencial, tiene su origen en una actitud no-existencial (y en la idea de una vida ajena a la existencia) y de ese modo se llega al agotamiento.



Ahora examinemos cada uno de los pasos individualmente. Una persona experimenta burnout cuando está dirigida exclusivamente por un propósito o motivación que no está vinculada con la tarea misma; en otras palabras, la actividad se vuelve más importante por lo que significa, que por su fin. Posteriormente la actitud adoptada hacia la actividad es prevalentemente prioritaria para el comienzo de los síntomas del burnout. En una persona el burnout comienza con la experiencia de alienación hacia su trabajo mucho antes que aparezcan los síntomas. El trabajo pierde su valor original y, en cambio, se vuelve carente de valor o improductivo. (e.g. cuando es utilizado como un mero escalón hacia otro puesto). La persona se orienta hacia un propósito u objetivo y no hacia el valor único, genuino del sentido de la tarea. El primer escalón revela cuál es la actitud personal predominante hacia la vida. En este caso la persona siente o necesita un propósito específico de modo de tener una vida valiosa, que valga la pena ser vivida. Paradójicamente, semejante actitud podrá perder inadvertidamente aquello que era valioso y que valía tanto la pena. Esto podrá destruir las realidades del mundo y los requerimientos para una existencia plenamente realizada. Semejante actitud no

podrá conducir hacia una experiencia llena de sentido, sino solamente hacia el logro del propósito. Estos objetivos quedan agotados porque falta un consentimiento interno o de relación. La vida, entonces, pierde su capacidad en calidad. Esto puede ser expresado por medio de dos imágenes: si las tareas y temas sirven nada más para cumplir con los propios propósitos, ellos serán usados meramente como combustible y la vida se perderá en sus cenizas o bien “primero se quema el objetivo y después uno mismo”

Una falta de comprensión o una mala interpretación en la percepción personal de la realidad existencial concluye en un descuido por:

- *El valor intrínseco* de los demás personas, objetos y tareas que conducen a una trivialización de las relaciones con el mundo y
- *una desconsideración por el valor de la propia vida*, el cuerpo, las emociones, las necesidades y, además, es ignorado el sentido de lo que es verdadero. Todo eso conduce hacia una pérdida de relación con uno mismo. Como consecuencia la persona puede sentirse extraño, sin vida y discordante (como si su corazón no estuviera en su cuerpo).

Una vida que exhibe un descuido por el valor intrínseco de los demás y de su propia vida puede producir *stress*. Si describimos al *stress* como una experiencia, entonces podemos sugerir que el *stress* se origina por un reducido contacto con los valores; aquello con lo que la persona está comprometida no es experimentado como valioso, o que valga la pena. Desde una perspectiva analítico-existencial el *stress* puede ser descripto como una falta de consentimiento interno en relación con una tarea específica. Desde nuestra perspectiva la raíz más profunda del *stress* consiste en estar haciendo algo sin verdaderamente quererlo o estar comprometido en una actividad sin tener puesto el corazón en ella (vida discordante).

A continuación haremos un sumario de los problemas del burnout desde las perspectivas del Análisis Existencial, la Logoterapia y la teoría motivacional. La experiencia de vacío, la falta de realización, las necesidades psicológicas y una reducida calidad de vida, todo esto tiene el mismo origen. Todas estas experiencias ocurren cuando a la persona le falta el consentimiento interno, una aprobación interna.

tesis 3: El Burnout y el stress se originan en una vida en donde la aprobación interna se ha perdido como también la satisfacción por la actividad que se está realizando.

Si una persona ejerce una actividad o profesión por un período prolongado de tiempo y utiliza ese tiempo sin una relación interna con él mismo, sin ver el valor intrínseco de la tarea, sin ser capaz de consentir a su satisfacción y sin poder dedicarse realmente a hacerlo, entonces aparecerá un vacío interior. Este vacío interior es una especie de *pre-depresión* debida a que no se produce un intercambio dialogal en el cual uno da pero también recibe.

Una actitud que se orienta más hacia los propósitos personales que hacia los valores, subordina todas las actividades asociadas con esa orientación. Esto conduce a una distancia entre la persona y su trabajo. Una persona no se sentirá plena en las relaciones que entable y se prohibirá cualquier apertura debido a la ausencia de consentimiento interno. Esta actitud y respuesta a la vida conduce a un desacuerdo emocional en el cual el trabajo se vuelve sin vida y vacío. Así el trabajo se torna un mero sustituto por la falta de cercanía y afecto. Esencialmente la persona se vuelve sin vida y vacía. Esta *falta de relación* contribuye al mayor daño para una persona y para su vida. Posteriormente este daño tiene consecuencias.

Como muchos desórdenes, la falta de relación que hemos descripto (y que corresponde a la 2ª MF, motivación fundamental) tiende a culminar en alguna forma de depresión. Burnout es una forma de depresión (depresión debida al agotamiento según Kielholz cf. Pöldinger, 1994) que es causada no por trauma o desvío biológico sino por una pérdida de los valores de la vida que son la llave para el compromiso que nutre la devoción hacia el objetivo.

El *burnout* es el resultado de varios pasos, el origen está en una actitud no existencial hacia la vida. Por una actitud no-existencial hacia la vida entendemos, una vida que está más orientada hacia los propósitos o logros, más

vista por lo que significa hacia un fin que una orientación hacia las condiciones de la existencia. El desgaste profesional, desde nuestra perspectiva, comienza con los síntomas del vacío existencial y se mezcla con influencias externas y/o necesidades subjetivas que conducen a una actitud utilitaria hacia la vida. El resultado es lo que llamamos *falta de aprobación interna*. Esta falta de consentimiento interno, a su turno, lleva a una falta de relación hacia los demás y hacia uno mismo y a un desorden en el nivel de la 2ª MF según oportunamente hemos establecido en Análisis Existencial. En su base, el burnout es visto desde nuestra perspectiva como una deficiencia en la motivación fundamental existencial de la persona. En la próxima sección elaboraremos este punto.

El origen de la carencia y la frustración de las Motivaciones Fundamentales de la Existencia (MFE)

Una deficiencia en cualquiera de las *motivaciones fundamentales de la existencia* MFE de una persona no le permite que surja la aprobación interna y hace brotar la carencia psicológica. Una vida que es vivida con gran esfuerzo, pero cerrada a las relaciones, conduce a una incapacidad para una experiencia plena de valores y contribuye a un incremento de la sensación de vacío y descontento (frustración psicológica). Esto con el tiempo puede causar comportamientos característicos de aversión como una reacción para protegerse (reacciones psicológicas del *coping*). Por consiguiente, el burnout puede estar asociado con carencias psicológicas.

En conclusión, ilustraremos en el siguiente cuadro de que manera el burnout impide la vida existencial:

Tabla 5.
Análisis de la actitud no-existencial que conduce al burnout.

Carencia latente en el nivel de:	Coping inadecuado estrategias	Causa primaria	Carencia manifiesta según M F a las 4 MF	Reacciones del coping que corresponden
1ª motivación	<p>Actitud no-existencial</p>	<p>2ª MF → cerrada a las relaciones</p>	<p>miedo excesivo</p>	huída
2ª motivación			<p>agotamiento, pérdida de alegría, culpabilidad</p>	retraimiento
3ª motivación			<p>falta de reconocimiento y descontento</p>	<p>distancia (cinismo, dependencia, sobreactuación)</p>
4ª motivación			<p>pérdida de sentido</p>	<p>falta de sentido (ideologías) enfermedad como forma de salvación</p>

Sobre la base de la necesidad latente y mal entendida se desarrollarán actitudes que no corresponderán plenamente con la realidad existencial del hombre y que llevan, fundamentalmente, a una pobreza en las relaciones (si es que el burnout se desarrolla). La consecuencia será un manifiesto estado de deficiencia de la 2ªMF con las otras motivaciones que también resultan tocadas (¿podrían ser en resonancia con el déficit original?).

Una actitud no-existencial también puede derivar directamente de la dimensión personal ej convicciones religiosas (ver explicación en punto 4).

De acuerdo con el Análisis Existencial, el consentimiento interno solamente puede ser otorgado si están dadas las condiciones para una existencia plena. Una vida sin consentimiento interno conduce a *stress* y desórdenes. En personas relativamente sanas que han tenido la suficiente perseverancia y que están inspiradas por un ideal o un propósito en la vida pueden, sin embargo, llevar una vida pobre en relaciones que podrían crear síntomas de burnout. Una situación como esta no necesariamente puede terminar en burnout aunque la persona podría resultar fijada a algunas de las reacciones de *coping* (estrategias automáticas para manipular situaciones difíciles) que concluyen en una depresión neurótica. Por último, el *stress* en el trabajo puede incluso conducir a una *psicosis*.

Los déficits pueden aparecer en el nivel de la 1ª MF que trata de las necesidades de seguridad, protección, espacio confianza en el mundo. Las personas que se cierran a la experiencia de sostén, sentirán inseguridad y peligro. Estas personas serán más propensas a realizar actividades ordenadas de manera rígida, se aferrarán a ellas ya que les proveen un apoyo y todo lo que hagan será para mantener este *espacio seguro* para vivir.

La 2ª MF se refiere a las relaciones y el valor de la vida, con el cuidado y la cercanía, que dan origen a la calidez emocional. Desórdenes en este nivel, como el bloqueo de las emociones, el temor a las relaciones o *stress* emocional, conducen a desarrollar sentimientos de obligación hacia los demás en lugar de relaciones de apertura. Estas personas se inclinan hacia profesiones de servicio y ayuda a los demás para compensar sus sentimientos de culpa, desvalorización y falta de relaciones. Sin embargo, estas personas no dejan escapar sus sentimientos depresivos. De manera característica, estas personas viven prisioneras de su propia carencia, lo cual las hace ser sacrificadas hacia los demás. Luchan para no agobiar a los otros, poniendo sus propias demandas en último lugar y hacer lo posible para ser una “buena” persona.

La 3ª MF trata de la necesidad de reconocimiento: de la propia individualidad, del propio valor y la justificación de la propia existencia ante uno mismo y ante los demás. Una persona quiere ser apreciada por los otros y quiere poder apreciarse a sí misma. Los desórdenes en este nivel hacen que una persona sea propensa a buscar adulación y elogio y a equiparar un valor

intrínseco con la carrera o el dinero. La carencia en este nivel apunta hacia una falta de autoestima y conduce a la persona a volverse dependiente del reconocimiento externo, valoración y el respeto de los demás.

Finalmente, la 4ª MF se encuadra en el sentido de la existencia. En este vasto contexto, una persona puede llegar a comprender a los demás y a su propia vida. Las tres motivaciones fundamentales precedentes son pre-requisitos para esta motivación. Una persona que no tiene esta motivación existencial experimenta sólo parcialmente su sentido, las experiencias son meras semblanzas de sentido (por e.g. moda, deseos socialmente aprobados, explicaciones ideológicas) contrastando con el verdadero sentido que sostiene el valor personal, un sentido que es más rico, más fundamentado y recompensado.

Terapia y prevención

La terapia y prevención del burnout se dirige en primer término hacia el alivio de la situación. Sonnek incluye estrategias que se consideran están relacionados con la persona, la organización laboral o la institución (Sonnek, 1994, p.27). Estas estrategias incluyen, sobre todo, pasos para encausar la conducta como: reducción de la presión del tiempo, delegación y división de responsabilidades, definición de propósitos realísticos, discusión de opiniones normativas, creencias disfuncionales y patrones de pensamiento y estrategias para el desarrollo del trabajo eficiente. En todos estos casos la prioridad está en supervisar y trabajar sobre los temas conflictivos. Para terminar se menciona cómo tratar la falta de autonomía y los conflictos con la autoridad (Sonnek, 1995, p.9).

Inicialmente el tratamiento desde Análisis Existencial del burnout podría proceder de la misma manera que Sonnek pero, después hemos propuesto tratar el burnout dentro del paradigma de las cuatro motivaciones fundamentales de la existencia (4 MFE). Así la atención en las condiciones externas se desplaza hacia la actitud interna: aquellos sentidos subjetivamente personales que una persona sostiene y mantiene hacia la vida. Descubrir y elaborar en detalle las propias y auténticas actitudes existenciales en terapia analítico-

existencial, representa un beneficio positivo para ser tenido en cuenta en la experiencia del burnout.

En términos de prevención, Rothbucher (1966) recomienda la *meditación existencial* como Längle (1998, pp, 110-119) ha descrito en el capítulo titulado “*Anleitungen zu existenzanalytischen Fragen*”² y Böschmeyer (1988, 140-145) en el capítulo “*Anstösse zum sokratischen Dialog*”.³ La situación existencial puede ser examinada en este sentido con posibles patologías y áreas inconsistentes detectadas tempranamente.

La importancia de las técnicas de relajación y recreación como profilaxis son indiscutibles. Por añadidura, el Análisis Existencial trabaja específicamente sobre *las actitudes existenciales y las decisiones en cada situación*. La relajación y la recreación tendrán un efecto duradero sólo después de tener en cuenta las actitudes y decisiones personales. En la prevención del burnout podemos agregar que el Análisis Existencial entra en el desarrollo de la personalidad. En el siguiente cuadro se compilan algunas preguntas fenomenológicas para la prevención y el tratamiento del burnout.

Tabla 6.

Preguntas esenciales desde la óptica analítico-existencial para la prevención del burnout

Preguntas para la prevención del burnout, interrogándose a sí mismo:

- **¿Por qué estoy yo haciendo esto?**
- **¿Me gusta hacer esto? ¿Experimento que esto es bueno y por eso me gusta hacerlo?**
- **¿Obtengo alguna cosa por hacer esta actividad en este momento?**
- **¿Quiero vivir para esto que hago? ¿Querré haber vivido para esto?**

Entre sus argumentos Rothbucher cita un poema de Eugen Roth que dice:

*Una persona dice –y orgulloso es él–
¡Yo he vivido para sus tareas!*

*Pero enseguida -y de manera poco feliz,
él se ahoga en su tareas.*

El peligro del burnout causado por las meras obligaciones puede ser prevenido. Una regla basada en la experiencia y la práctica podría ser:

tesis 5: Si alguien destina más de la *mitad* de su *tiempo* en cosas que no le agradan, que no están en su corazón, y que no le brindan alegría, tarde o temprano, esa persona será susceptible del *burnout*.

El *burnout* es un término de moda que describe un fenómeno frecuente en nuestros días. Nuestro tiempo se caracteriza por ser enajenado, demandante y orientado hacia el rendimiento. Pero cada día de nuestro presente está también marcado por una falta de compromiso ya sea en un servicio como en una trabajo. Por ese motivo es que el burnout puede ser comprendido como la factura que estamos pagando por llevar una vida alienada y alejada de nuestra existencia real, todo lo cual está determinado por el carácter demandante y el espíritu consumista que marca nuestro tiempo presente.

Bibliografía

- BÄMAYR, A. y FEUERLEIN, W. (1984). Über den Selbstmord von 119 Ärzten, Ärztinnen, Zahnärzten und Zahnärztinnen in Oberbayern von 1963 – 1978. *Crisis* 5, 91-107.
- BÖSCHEMEYER, U. (1988). *Mut zum Neubeginn*. Freiburg/B.: Herder.
- BROSCH, W. (1994). *Psychiatrie*. Vienna: Orac.
- BURISCH, M. (1989). *Das Burnout-Syndrom*. Berlin: Springer.
- CHERNISS, C. (1980). *Professional burnout in human service organisations*. New York: Praeger.
- FRANKL, V. (1959). “Grundriß der Existenzanalyse und Logotherapie”. In: Frankl V, v Gebattel V, Schultz JH (Hrsg) *Handbuch der Neurosenlehre und Psychotherapie*. Munich: Urban & Schwarzenberg, 663-736.
- (1983). *Theorie und Therapie der Neurosen*. Munich: Reinhardt
- FREUDENBERGER, H.; NORTH, G. (1992). *Burn-out bei Frauen*. Frankfurt, 2°
- KARAZMANN, R. (1994). Das Burnout-Syndrom. Phänomenologie, Verlauf, Vergleich. *Vortrag an der österreichischen van Swieten-Tagung vom 27. 10.*
- KARAZMAN, R. y KARAZMAN-MORAWETZ, J. (1996). Sinnfindung und zwischen-menschliche Entwicklung als Kriterien betrieblicher Gesundheitsförderung. Evaluationsversuche mittels “Existenz-Typologie” und “Effekt-Typologie”. In: Lobnig H, Pelikan J (Hrsg) *Gesundheitsförderung in Settings: Gemeinde, Betriebe, Schule und Krankenhaus*. Eine österreichische Forschungsbilanz. Vienna: Facultas, 87-100.
- LÄNGLE, A. (1988). Existenzanalyse. In: Längle A (Hrsg) *Entscheidung zum Sein. Viktor E Frankls Logotherapie in der Praxis*. Munich: Piper, 97-123.
- (1994). *Sinnvoll leben. Angewandte Existenzanalyse*. St. Pölten: NP-Verlag, 4°.
- MASLACH, C. y JACKSON, S. E. (1981). *The measurement of experienced burnout*. *J. Occup. Beh.* 2, 99-113.
- MASLACH, C. (1982). *Burnout: The cost of caring*. Engelwood Cliffs, NJ: Prentice Hall.
- PINES, A. y ARONSON, E. (1988). *Career burnout. Causes and cures*. New York: The Free Press.

- PÖLDINGER, W. (1994). Das Burnout-Syndrom. Eine Bedrohung nicht nur für das Medizinpersonal. *Der Mediziner* 6, 1994, 54-56.
- ROTHBUCHER, H. (1996). *Psychohygienische Aspekte des Lehrberufs aus der Sicht der Existenzanalyse und Logotherapie Viktor Frankls*. Presentation at 20.11.1996 in Augsburg.
- SCHAAP, C. P. y KLADLER, A. J. (1993). Burn out: Diagnostik und Behandlung. *Verhaltenstherapie und psychosoziale Praxis* 1/93, 45-61.
- SONNECK, G. (1994). Selbstmorde und Burnout von Ärzten. In: *Z. f. ÄRZTLICHE FORTBILDUNG ZAF*, 7, 3/4, 22-28.
- SONNECK, G. (1995). Das Burnout-Syndrom. *Promed* 1, 8-9.

Notas

¹ Nota del traductor: los autores españoles llaman *queme profesional* al burnout.

Impacto psicológico del divorcio sobre los niños¹

Jorge A. Serrano
Universidad Católica de Lovaina. Bélgica

Resumen

Se aborda el divorcio conyugal en tanto consecuencias para los niños, constituyendo un desafío para los profesionales que trabajan sobre ello. Este impacto es tratado como “ruptura” y “duelo” en los hijos de la pareja matrimonial, en donde la satisfacción de los padres no influiría en el bienestar evitando las consecuencias clínicas que siguen durante la vida de los hijos. Superar los mitos que llevan a concebir al divorcio como la mejor toma de decisiones ayuda a una acción preventiva de estos, pudiendo ser evitados promoviendo la realización de los valores personales y la realización del goce matrimonial. En caso de que sea inevitable es necesario acompañar a los niños en este período en el ámbito de la clínica en función de la integración emocional fecunda.

Abstract

Conjugal divorce is approached by taking into account the consequences on children, becoming a challenge for the professionals working with it. This impact is handled as “break up” and “mourning” with the children of the conjugal couple, where parents’ satisfaction would not influence children’s welfare thus avoiding the clinical consequences that remain along their life. To overcome the myths that induce to regard divorce as the best decision taken helps to attain a preventive action against them, being able to avoid them by promoting the achievement of personal values and marital pleasure. In the event it is unavoidable, it is necessary to stand by the children along this stage, in the clinical area, in terms of a fertile emotional integration.

Correspondencia: Jorge A. Serrano
Universidad católica de Lovaina
serrano@nops.ucl.ac.be

Palabras Clave: Divorcio, Apoyo infantil, Relaciones Paternales Infantiles, Educación de Vida de Familia, Satisfacción en las Relaciones, Desarrollo del Niño, Reacciones de Separación, Duelo.

Key words: Divorce, Child support, Parent Child Relations, Family Life Education, Relationship Satisfaction, Childhood Development, Separation Reactions, Grief.

Introducción

El presente trabajo pretende estudiar ciertas reacciones y modificaciones en la estructura y en el desarrollo psicológico de los niños como consecuencia del divorcio de sus padres.

La *extensión social del divorcio (o de la separación)*, en cuanto *ruptura de la unión marital o conyugal*, se ha convertido en un desafío para los profesionales interesados en cuestiones familiares y, en particular, en el bienestar del niño. Por supuesto, el marco legal no es el causante del divorcio, pero lo favorece al facilitar los procedimientos y, por ende, su rápida obtención.

Para explicar esta expansión del divorcio –expresión de la modernidad–, se podrían mencionar una serie de factores entre los cuales la secularización, el individualismo y la reivindicación del derecho –legítimo por cierto– a la felicidad, interesan particularmente esta reflexión.

La *secularización* del mundo moderno, al establecer la separación radical entre la sociedad civil laica y el mundo religioso, cuestiona el carácter *indisoluble del matrimonio*, postulado por la Iglesia Católica, en el mundo occidental.

Por otra parte, el *individualismo* como estilo de vida, contribuye también a la expansión del divorcio. El individualismo narcisista y egocéntrico,² se parapeta detrás de la afirmación «hacer lo que venga en gana», en búsqueda de una satisfacción inmediata de necesidades, muchas veces artificiales. Y esas necesidades artificiales, surgidas en el horizonte del progreso o de la racionalidad instrumental, tienden a remplazar la primacía del deseo, es

decir, de esa fuerza que estimula a la persona tanto para atribuir una significación a su pulsión como para abrirse a la alteridad.³ De ese modo, el individualismo facilita la emergencia de una cierta *ideología de la felicidad*, cuya expresiones mágicas serían «Debo ser feliz, a toda costa», o «Haré lo que me plazca». En éste contexto hedonista, el matrimonio puede concebirse como una traba para la realización personal.

Ahora bien, como ha escrito Pascal Bruckner (2000) «la preocupación por la felicidad es contemporánea en Europa, en su forma laica, del advenimiento de la banalidad». Para este autor, el deber de ser feliz transforma ese «frágil sentimiento en un verdadero estupefaciente colectivo», perversión de «la idea más bella que imaginar se puede: la posibilidad que cada uno posee de dominar su destino y mejorar su existencia».

En éste contexto ideológico, el divorcio no es solamente el «desenlace inevitable» de ciertos problemas conyugales o «el último recurso» utilizado para terminar con las situaciones vividas por ciertas parejas, sino una «*solución 'trivializada' o de facilidad*»: un medio empleado para resolver conflictos corrientes o dramáticos, sin buscar, muchas veces, otras alternativas de solución.

La ruptura interviene así, no solamente para suprimir una situación dada de sufrimiento familiar, muchas veces real por cierto, sino para “alcanzar la felicidad” en un nuevo contexto relacional. En suma, la sociedad actual vive una verdadera «*cultura del divorcio*», cuyas consecuencias conviene analizar.

Perspectiva sistémica y diacrónica del divorcio

El divorcio, como fenómeno psicosocial, ejerce un impacto innegable sobre la estructura familiar en general y sobre el niño en particular. En una perspectiva psicopatológica, el divorcio constituye un *proceso de cambio psicológico y social* tanto a nivel individual como familiar. Este proceso se extiende durante años y no tiene ningún equivalente entre las crisis de la edad adulta.

Para el psicopatólogo es pues indispensable interesarse en dicho tema, partiendo de la experiencia clínica y de datos objetivos actuales. Los enfoques sistémico y diacrónico, ayudarían a comprender mejor el problema. En la *perspectiva sistémica*, el divorcio puede tematizarse como un fenómeno interrelacional que implica a todos los miembros de la familia, quienes, acto seguido a la fragmentación familiar, se encuentran desestabilizados en su desarrollo personal. Dicho de otro modo, las repercusiones psicológicas del divorcio además de su dimensión personal, se comprenden mejor cuando ellas se replantean en su contexto global, cuyo desafío central es la relación adulto-niño.

La *perspectiva diacrónica*, por su parte, postula la hipótesis que un acontecimiento estresante, además de su impacto agudo, puede resonar mucho tiempo después. Esta orientación no es “moneda corriente” entre los profesionales interesados en el tema. Efectivamente, la mayoría se limita a estudiar las características de la adaptación de los cónyuges o de los niños a la crisis provocada por la ruptura, considerada ésta última como un factor de eclosión de reacciones⁴ psicopatológicas transitorias.

Este enfoque comporta el riesgo de ignorar involuntariamente el malestar del niño, su pathos subyacente. En referencia a esto las conductas adaptativas funcionales no constituyen necesariamente un signo de «buena salud mental» y, aún menos, una garantía de felicidad. De ese modo, la sobreadaptación mostrada por una alta proporción de niños de divorciados, puede en realidad enmascarar un malestar más profundo, desapercibido por el entorno inmediato del niño.

Por otra parte, ciertos investigadores, entre los cuales Judith Wallerstein y su equipo, probablemente los más conspicuos en este campo, han demostrado que el divorcio es una experiencia significativa, capaz de marcar indeleblemente el recorrido existencial del sujeto. Por lo tanto se puede afirmar que el divorcio o la separación, además de las manifestaciones inmediatas constituyen acontecimientos psicológicos inscritos a lo largo de la vida de las personas.

El divorcio como acontecimiento familiar estresante

¿Cómo se sitúa el niño cuando los padres se separan? ¿Cómo vive en el seno de la «cultura del divorcio» mencionada líneas arriba?

Los niños y los adolescentes viven muchas veces la ruptura y sus consecuencias inmediatas como un periodo de estrés significativo e inconmensurable de su existencia.

Wallerstein y Corbin (2002) afirman que, para los niños de la clase media norteamericana, «el divorcio de sus padres es probablemente el estrés central [vivido] durante sus años de crecimiento».

Si se define el estrés como el conjunto de capacidades y de medios empleados por una persona para *afrentar una (nueva) situación*, podemos colegir que el proceso de divorcio ejerce una influencia determinante sobre la actitud del niño y del adolescente, particularmente en el momento de la ruptura.

Algunas viñetas clínicas de niños y de adultos pueden contribuir a ilustrar éstas afirmaciones.

David es un niño de 10 años que acude al servicio de urgencias pediátricas, un domingo por la tarde, quejándose de dolores abdominales agudos. Todos los exámenes físicos y complementarios, radiológicos y de laboratorio, son negativos, lo cual determina el pedido de intervención del paidopsiquiatra.

La anamnesia permite de descartar las primeras hipótesis diagnósticas, a saber, una fobia escolar (back to school tummy ache) o un síndrome facticio.

Por otra parte, los dibujos de David evocan ciertos aspectos depresivos así como la existencia de alguna problemática relacional. Una vez ganada su confianza, se explora la esfera familiar. El niño nos confía que su madre ha abandonado el domicilio conyugal para irse a vivir con su nueva pareja. David sufre intensamente de la situación, pues es el primer fin de semana

que, con su padre y su hermana, pasan solos. Pese a su sufrimiento, se muestra incapaz de llorar, expresando más bien su cólera y su tristeza mediante su cuerpo (somatización del conflicto). Sus dibujos reflejan una agresividad intensa hacia su madre y su compañero, vivenciado éste como un rival. Por otra parte, siente la necesidad de apoyar a su padre “abandonado” en un doble movimiento de protección y de identificación con él.

Juan Pablo, niño de 11 años, llega al servicio de urgencias pediátricas casi el mismo tiempo en que su madre toma el avión que la lleva de vacaciones con su nueva pareja, quien, ironía frecuente del destino, es su padrino y “gran amigo” de su padre. Los exámenes clínicos y complementarios excluyen toda enfermedad cardíaca o respiratoria. El cuadro clínico de Juan Pablo se caracterizaba por una dificultad para respirar, “falta de aire” acompañada de una sensación de morir.

Se puede interpretar ésta crisis aguda en un sentido metafórico: la falta de aire puede asociarse a la madre que está volando, que se “envía al aire”⁵ con su compañero; la sensación de muerte... refleja la violencia de los sentimientos de cólera y de celos, la ansiedad y el miedo resultantes de la ruptura brutal e inesperada, de la pérdida de la madre, objeto de inversión edípiana.

En regla general, los niños no siempre reaccionan mediante cuadros clínicos tan dramáticos como los expuestos; más bien superan los desacuerdos maritales y la fragmentación familiar sin presentar reacciones psicopatológicas ni secuelas *específicas*. Sin embargo, incluso si no existe un cuadro psicopatológico propio de los niños de padres divorciados o separados, la experiencia clínica nos demuestra la existencia, a largo plazo, de ciertas características de la personalidad relativamente constantes.

Isabel, una joven adulta de 25 años, solicita ayuda terapéutica con la intención de “ver más claro”, de “resolver” ciertos problemas relacionales con sus padres, con su novio y “con ella misma”. Cuando sus padres se separaron—tenía 14 años—, se sintió abandonada, sola, compartiendo su existencia con una madre depresiva centrada sobre sus propios problemas personales, rumiando en permanencia su desgracia de haber divorciado. Su padre, ausente, se dedicaba exclusivamente a la “educación de los hijos” (tres hermanos de la paciente), pretextando que “una hija debía ser educada por su madre”.

La soledad y un sentimiento de fragilidad la acompañan desde entonces. Se siente desamparada, sin referencias simbólicas exteriores claras, “obligada” a apoyar a su madre.

La crisis surge como consecuencia de la necesidad de decidir de su vida: está terminando sus estudios de derecho y su novio le plantea la cuestión de instalarse como pareja mientras preparan su matrimonio. Se trata entonces de la interrogante respecto a los compromisos existenciales (afectivos y profesionales) que está emplazada a asumir.

En 1974, Paykel establece una diferencia entre los *acontecimientos estresantes de la vida familiar* en función de las personas que “*se van*” y de las que “*llegan*” (cf. familias en transición). En el primer grupo, la muerte y el divorcio, serían los acontecimientos estresantes más frecuentes en la familia. En el segundo, se incluye la recomposición familiar.

Como consecuencia de la fragmentación familiar, tanto los padres como los hijos, inician un *proceso de “duelo”*,⁶ mediante el cual se supera la situación inicial de estrés, se acepta e integra la realidad de la separación, y se asumen nuevas actitudes y conductas. Sin embargo, conviene no olvidar que el dolor de la ruptura no es sino uno de los componentes, entre otros muchos, de la conmoción afectiva vivenciada por todos los miembros de la familia.

Con todo, conviene preservarse de toda interpretación lineal de la causalidad cuando se establece automáticamente un lazo entre una determinada causa y sus efectos posibles. En realidad, los modos de vivenciar una situación estresante varían mucho entre los miembros de una misma familia (Hetherington, 1988; Wallerstein y Kelly, 1980). Aún más, en las situaciones de divorcio, las necesidades de los niños y las de sus padres no son nunca idénticas, lo cual corrobora lo bien fundado de una lectura sistémica de los hechos.

El estudio longitudinal de padres divorciados y de sus hijos efectuado por Hetherington y col. (1982) clarifica estas afirmaciones. Ellos describen un grupo de madres identificadas como egocéntricas y ocupadas en satisfacer sus propias necesidades. Dichas madres superaron rápidamente los efectos

negativos del divorcio y, un año después, declararon que la separación fue para ellas una experiencia estimulante, feliz y satisfactoria. Sin embargo, dicha situación se obtuvo en perjuicio del bienestar de sus hijos quienes presentaban signos intensos y persistentes de sufrimiento afectivo y de problemas de la conducta, tanto en la escuela como en el hogar.

Las madres, interesadas sobre todo en su propio bienestar y en la solución de sus problemas personales, se mostraban incapaces de percibir el sufrimiento de sus hijos. La relación con ellos fue descrita como errática y superficial: madres satisfechas e hijos dejados de lado podrían caracterizar ésta situación particular, la cual confirma la ideología individualista y la búsqueda de la felicidad a cualquier precio señaladas al principio de nuestro texto.

En efecto, la escisión familiar genera un sentido agudo de *traumatismo*, así como sentimientos de *ansiedad* intensa y de *dolor* profundo. La mayoría de los niños hubiese preferido el matrimonio conflictivo a la separación, pues, pese a los desacuerdos y a las disputas, se sentían satisfechos y protegidos por ambos padres. Aún más sorprendente son las conclusiones de ciertos estudios que ponen de relieve el hecho que un tercio de los niños ignoraban los problemas y desacuerdos entre sus padres (Wallerstein y Kelly, 1980). No otra cosa refleja la nostalgia permanente de la pareja original vivenciada por los hijos de padres divorciados, pese a todos los esfuerzos “balsámicos” que los terapeutas tratamos de introducir cuando recibimos a niños con problemas psicopatológicos o simplemente sufrientes porque sus padres se disputan la tutela y se acusan mutuamente de todos los males y perversiones. Frases “comodines” como las que solíamos escribir, de buena fe, al principio de nuestra práctica profesional, no siempre corresponden a las necesidades del niño.

Julián tiene 5 años cuando su madre lo trae a la consulta con un cuadro clínico de actividad permanente y desordenada, incapacidad para concentrarse en una tarea específica, inestabilidad afectiva, conducta impulsiva, trastornos del sueño y manifestaciones ansiosas. Desde pequeño, Julián fue testigo de los conflictos entre sus padres quienes se separan cuando tenía 3 años. En ese momento, los padres habían iniciado querrela judicial para obtener la tutela del niño y definir el derecho de visitas, con toda la pasión frecuente en esas situaciones.

En el informe se escribe: “sería deseable, en aras del equilibrio del niño, clarificar la situación familiar, teniendo en cuenta sus deseos y necesidades –todo niño necesita mantener relaciones positivas con sus propias raíces– por tanto los padres deberían negociar las formas más adecuadas –funcionales– de relación que les permita a ambos ejercer correctamente su función paterna ...”.

Pese a la pertinencia de esas afirmaciones, ellas excluyen, sin embargo, ciertas realidades propias a la relación conyugal y parental. Por una parte, se confirma la necesidad, sobre todo para los niños de corta edad, de contar con la presencia parental, fuente de seguridad y de protección, y por ende, factor de desarrollo de su seguridad afectiva de base. La presencia parental supone que ambos cónyuges adhieran a los valores de compromiso, de disponibilidad y de responsabilidad (Serrano, 2004). La disponibilidad afectiva de los padres es aleatoria en las situaciones de conflicto conyugal. El niño puede convertirse en rehén de ese conflicto, “tironeado” por sentimientos contradictorios, o pretexto invocado por ciertos padres para permanecer juntos, y por tanto, sobrecargado de la pesada tarea de salvaguardar la unidad de la pareja.

En las situaciones de separación o de divorcio, se postula la permanencia de la pareja parental más allá de la pareja conyugal. Algunos autores adhieren a esta ideología con la intención de edulcorar las consecuencias de las rupturas: “tus padres ya no se quieren más, pero seguirán siendo tus padres, aunque vivan separados”. Sin embargo, según Viaux (1997), esta forma de pensar es útil “sin duda para conjurar el sufrimiento o para justificar las decisiones – que la pareja conyugal y la pareja parental son dos entidades diferentes, y que, si la una falla [es el caso del divorcio], la otra permanece”. Significa, de alguna manera, clausurar, de modo súbito, la interrogante de lo que la pareja representa para el sujeto, olvidando la reflexión de Freud a propósito de la novela familiar.

No cabe duda que el desarrollo psicológico del ser humano se acomoda mal a éste tipo de exhortación: no son los padres ellos mismos ni sus consejeros (léase terapeutas) que mantienen o no la existencia de la pareja parental, sino el niño, puesto que todo niño es, psíquicamente, el producto de sus dos padres –incluso muertos o separados– y desde muy temprano se refiere

a la pareja parental solidaria al punto de formar una entidad distinta de “papá y de mamá”, considerados aisladamente. Los hijos de una pareja, cualquiera que sean los avatares de la misma, permanecen definitivamente como los hijos de “esa” pareja.

Para describir el *impacto psicológico del divorcio* sobre el niño, nada mejor que resumir las observaciones de Wallerstein, Lewis y Blakeslee (2000), basadas en estudios longitudinales, durante un cuarto de siglo, de una cohorte de 131 familias divorciadas, comparadas a un grupo testigo similar de familias nucleares o intactas. Esos estudios, realizados en los Estados Unidos de América, confirman las observaciones clínicas y el seguimiento de más de 6000 situaciones efectuado por el grupo de investigadores dirigido por Judith Wallerstein. Para dichos autores, los niños de familias en situación de posdivorcio, en su conjunto, se muestran menos felices y adaptados, proclives a presentar problemas de salud, incluso si ambos padres se declaran felices con la nueva situación.

Los hijos de familias divorciadas, cuyos padres se han vuelto a casar,⁷ son más agresivos en la familia y en la escuela. Con frecuencia presentan momentos de vacío, periodos depresivos, trastornos del aprendizaje y dificultades relacionales con sus condiscípulos provenientes de familias intactas. Estos niños solicitan probablemente dos o tres veces más la ayuda del psicólogo escolar que los de familias nucleares. Otros acuden a centros de salud mental, incluso a hospitales especializados. En casi 25 años de trabajo en un centro de neurología pediátrica he podido confirmar ésta última observación: entre 75 a 80% de los niños hospitalizados a causa de descompensación de problemas neurológicos crónicos pertenecía a la categoría de hijos de padres divorciados.

Para Minuchin (1974) toda ruptura sitúa al grupo familiar en una *situación de transición*. Y toda familia en transición está llamada a reestructurar el conjunto de su funcionamiento para responder a las exigencias planteadas por la nueva situación.⁸ Dicho autor subraya por ejemplo que “cuando una pareja divorcia, el hombre se inclina más que la mujer a retraerse [del sistema familiar]”. La mujer, marcada probablemente por su especificidad afectiva y condicionada socialmente, está considerada como la persona que debe ocuparse del niño, lo cual garantiza la permanencia de su compromiso. La

relación adulto–niño se modifica entonces radicalmente como consecuencia de la separación y de los nuevos matrimonios o cohabitaciones, muchas veces múltiples y sucesivos.

Otros niños, en general los mayores, asumen directamente funciones que no corresponden a su edad, se “sacrifican” por (uno de) sus padres y alcanzan una cierta independencia y responsabilidad mayor a la de su edad. Impulsados a tomar partido, se instalan en un conflicto de lealtades relacionado con el sentimiento de culpabilidad imaginario latente en ellos, pues pueden sentirse, de alguna manera, responsables del divorcio de sus padres.

Sin embargo, algunos de ellos dirán más tarde que les “robaron su infancia o su adolescencia”. Se trata de niños *adultificados* o *parentalizados* que se ocupan de sus padres y/o de sus hermanos. Por supuesto, el fenómeno del niño adultificado o parentalizado no es específico del divorcio porque se observa en un sinnúmero de circunstancias como la enfermedad grave, la muerte o la ausencia de uno de los padres o la enfermedad crónica de alguno de los hermanos.

Como vemos, la implosión de la estructura familiar original provocada por el divorcio no es entonces un hecho banal y por ende merece un análisis más profundo. En éste orden de cosas, una de las últimas publicaciones de Wallerstein en colaboración con Lewis y Blakeslee (2000) me parece particularmente interesante. Dichos autores definen dos tipos de creencias erróneas capaces de explicar ciertas actitudes actuales de trivialización y de aceptación incondicional del divorcio.

La primera creencia postula que “*si los padres son felices también los niños lo serán*”. En los surcos de ésta creencia, muchos autores consideran que las reacciones psicológicas del niño son epifenómenos “pasajeros o transitorios” porque los niños son “resilientes y henchidos de recursos propios”, y por lo tanto, capaces de adaptarse rápidamente. En realidad, éste modo de pensar parece no tomar en cuenta que el niño es un sujeto deseante en su dimensión global, “separado de sus padres”; se actúa como si sus necesidades, y hasta sus pensamientos, formasen parte de los proyectos del adulto, feliz o depresivo.

El mito de “si soy rico, los demás lo son también”⁹ (“*trickle down*”¹⁰ *myth*), se explica constatando que el adulto es poco apto para sondear el misterio del mundo infantil (el alma infantil) y para comprender sus sentimientos, tanto como su manera de pensar. Ahora bien, la trampa se cierra cuando el adulto se imagina ¡qué es capaz de lograrlo! Es por esa razón que muchos adultos, confrontados con matrimonios problemáticos, se sorprenden cuando se enteran que sus hijos se declaran relativamente satisfechos de su situación familiar. Para muchos de éstos niños, incluso si “Papá y mamá no duermen juntos”, lo más importante es que la familia ¡permanezca unida!

Los padres separados parecen ser víctimas de una especie de “*diplopía afectiva*”. Ellos perciben su propia felicidad, muchas veces ilusoria, siempre pasajera, sin darse cuenta del sufrimiento las más de las veces enmascarado, vivenciado por sus hijos: el postulado “Si yo me siento feliz, mis hijos se sentirán también felices”, no funciona necesariamente como se espera. En realidad, corriendo detrás de un espejismo o instalados en la posición de víctimas, los padres no están disponibles para escuchar a sus hijos.

Por otra parte, la recomposición familiar no parece resolver la frustración vivida con la primera pareja. En efecto, los determinantes inconscientes que condicionan la elección de pareja se reproducen: hombres y mujeres tienden a reproducir de lo “mismo”, es decir, el mismo andamiaje psíquico, la misma búsqueda y las mismos interrogantes, las mismas satisfacciones libidinales, las mismas frustraciones. El cónyuge ha cambiado sin que se modifique radicalmente la representación inconsciente de “la pareja” enraizada en el sujeto.

Viaux (1997)¹¹ insiste en el hecho que la familia se construye a partir de la formación, incluso provisoria, de la pareja. La familia se hace, deshace y recompone, no necesariamente a partir de los hijos sino “en función de una historia continua”¹² en la cual cada uno encuentra al otro estimulado por sus propias necesidades, en una relación imaginaria y especular.

Existe, por supuesto, una continuidad, una repetición secuencial “conocida” de los elementos psicodinámicos que explican la formación de la pareja y, por lo tanto, su ruptura. Este escenario conocido propio a la elección de

pareja y, sobre todo a los conflictos conyugales podría explicar por qué ciertos matrimonios perduran y otros fracasan.¹³

El mito de la equivalencia entre la felicidad de los padres y la de los niños, aunque cuestionada por los datos científicos actuales y por la experiencia clínica, cuenta con el apoyo incondicional de ciertos autores, quienes, de buena voluntad, pero por motivaciones ideológicas evidentes, afirman que el sufrimiento de los niños de padres separados es idéntico al de otras formas de traumatismo.

Viaux (1997), pese a subrayar la complejidad de la situación, alega que toda toma de posición en ese campo “resulta en general de la generalización abusiva, esto si no es simplemente [fruto] de la ideología o del moralismo”. En realidad, Viaux reconoce que el divorcio es un factor desfavorable para el desarrollo del niño,¹⁴ pero lo atribuye al hecho de que el niño “carga el síntoma del conflicto” parental. De ese modo la ecuación se simplifica: una vez desaparecido el conflicto entre los padres gracias a la separación o el divorcio, el conflicto se soluciona y todo el mundo se siente feliz. Ahora bien, precisamente ¡el conflicto entre los padres no siempre desaparece!¹⁵

Por cierto, el niño puede vivir en carne propia el conflicto entre sus padres, pero su sufrimiento no depende únicamente de su osmosis, del contagio “trasmitido” por los protagonistas. Las reacciones psicológicas del niño como consecuencia de la ruptura parental, resultan no solo de las trazas dejadas por la historia del conflicto entre los padres, sino del propio sufrimiento del niño – su vivencia insondable. Y este sufrimiento no se refiere únicamente a los acontecimientos del pasado, sino a su contexto actual y a las dificultades sociales y económicas consecuencia de la separación y vividas por un gran número de padres divorciados, sobre todo por las madres y los hijos.

Incluso si no se “cree” más en el mito de que los niños se benefician siempre de un divorcio benéfico para sus padres, este mito continua a ejercer una influencia sutil, inconsciente sobre nuestra manera de pensar y de actuar. Además, ejerce un rol determinante para justificar la creencia de los padres de que sus hijos aprueban su decisión. En realidad, solamente una minoría

de niños se siente aliviada por la decisión de sus padres; se trata en general de niños mayores, testigos de los conflictos abiertos e importantes.

Las reacciones vivenciadas inicialmente por los niños no están necesariamente condicionadas por la comprensión de circunstancias desencadenantes del divorcio ni con su incidencia importante en las sociedades actuales. Para ellos, la ruptura de la relación parental significa el desmoronamiento de la estructura responsable de aportarles protección y educación de base suficientemente buena, es decir, aún cuando existan fallas en las mismas.

Todo lo señalado hasta éste momento en cuanto a las reacciones psicológicas a corto plazo, pero sobre todo el sentimiento de soledad y de aislamiento social, está obviamente ampliamente influenciado por el contexto socio-familiar del divorcio.

Las reverberaciones a largo plazo

El impacto psicológico del divorcio no se limita al periodo inmediato a la ruptura, sino que genera *efectos a largo plazo*. Los signos descritos líneas arriba pueden borrarse con el tiempo, pero las reverberaciones persisten y marcan con su sello la estructuración de la personalidad del sujeto.

Algunas viñetas clínicas nos permitirán ilustrar ésta afirmación

Recibo una llamada telefónica de una colega, quien me cuenta que su hija menor, Corina, de 10 años, se encuentra en un estado de intenso desconcierto: irritable, se encoleriza por cualquier cosa, grita y arremete contra las personas de su entorno familiar. Ese cuadro clínico surge cuando Corina se entera de la decisión de su padre de separarse de su madre para irse con una muchacha más joven.

Concertamos una cita a la cual le pido a mi colega venir con sus tres hijas: la mayor, de 24 años, joven universitaria brillante, hija de un primer matrimonio, y las dos siguientes, de 14 y 10 años de edad, hijas del segundo.

Durante la entrevista, establezco progresivamente contacto con cada una de

ellas, tratando de comprender mejor la reacción de Corina y las actitudes asumidas por las demás.

A un cierto momento, me dirijo a la hermana mayor para pedirle ayuda en la comprensión de la reacción de una niña cuando se entera que sus padres (o uno de ellos) ha decidido separarse y cómo, en función de su propia experiencia, podría ella ayudar a Corina.

Al cabo de unos momentos de reflexión, da una respuesta sorprendente: “Cuando me enteré que mi padrastro dejaba a mi madre, me puse a soñar y a imaginarme que mi padre podría también dejar a su compañera y volver a casarse con mi madre”.

La respuesta inesperada de ésta joven científica, empirista, me enseñó mucho, pues confirmaba, una vez más, que en el trasfondo de los niños de padres separados, la pareja original está celosamente preservada, idealizada. Se trata de restos arqueológicos del pasado familiar relegados en el inconsciente del sujeto, condenados al silencio y privados de la posibilidad de reelaboración. Podríamos calificarlos, en éste caso, de expresión de un “duelo inacabado” reactivado por el segundo divorcio de la madre ocurrido ¡15 años después del primero!

Isabel, la joven dama descrita líneas arriba, desestabilizada, se interroga acerca de su futuro profesional y de su posición en su entorno relacional. Desde hace algunas semanas se ha acercado a su madre y ha decidido irse a vivir con ella, en pareja con su compañero en un departamento anexo a la casa de su madre, manteniendo de ese modo, a la vez, la separación y la distancia. Además, incluso si se plantea la necesidad de contar con un modelo femenino de identificación –la madre no es necesariamente el más funcional–, su deseo profundo es el de “encontrar un padre”, obtener el amor del padre, pese a que acaba de escribir una carta dirigida al Juez para solicitar el cambio de apellido y llevar sólo el de su madre. ¿La búsqueda de la imagen paterna permanecerá como un operador de estructura en la elección de pareja? Muy probablemente.

Finalmente como no evocar el discurso de una dama de 75 años que enseña la foto de su madre cuando ésta tenía 19 años. La dedicatoria es explícita:

“Para mi novio, con todo mi amor...”. Al tiempo que admiraba la belleza de su madre, insistía en la dedicatoria como confirmación del amor de sus padres: necesitaba situarse como una hija del amor y reconstituir imaginariamente la pareja de sus padres separados cuando ella tenía, apenas, 5 años.

¿Cuál podría ser el denominador común de éstas viñetas clínicas? El sufrimiento provocado por la ruptura de los padres permanece latente en el curso del tiempo, aún en ausencia de signos psicopatológicos francos. Dichas personas sienten la necesidad de situarse frente a la pareja original de sus padres, la necesidad de restaurar, aunque sea de modo simbólico, aquello que les permite restablecer la continuidad genealógica de su filiación. Dicho de otro modo, pretenden situarse en la continuidad, en la pertenencia a una historia familiar que no es la de la familia recompuesta, sino la original, lo que demuestra, desde el punto de vista clínico, la permanencia inconsciente de la estructura familiar de la pareja inicial.

Estas precisiones corroboran lo que Wallerstein y col. llaman el segundo mito del divorcio. Como se menciono anteriormente, el divorcio ha sido considerado, durante mucho tiempo, como una crisis transitoria, que provoca efectos negativos en los padres y en los niños en el momento de la ruptura. Ese mito ha mantenido la ilusión de que la adaptación del niño pasaba por una buena gestión de los conflictos, soslayando la emergencia de los sentimientos de rencor, de soledad y de culpabilidad subyacentes.

Autores como Viaux (1997) postulan que “los conflictos agudos pos-separación están vinculados con un “duelo inacabado”. A su entender “cuando un clínico recibe un adolescente perturbado, un adulto que sufre de una patología psicológica y, al remontar el hilo conductor de su historia personal, se entera que los padres de esa persona se han divorciado, cuando tenía tal edad, es un elemento importante, pero no es ni más ni menos determinante que otro factor, ni más fácil de vincular con el conjunto de los problemas que enfrenta esa persona. Eso no quiere decir que dicha separación no tenga ninguna incidencia, pero la misma no es obvia, ni visible de modo inmediato”.

Ahora bien, la situación de ruptura no se presenta nunca como ideal, incluso si tendemos a construir un cuadro idealizado (cfr. Julián). En efecto,

la actitud general de los “psi”,¹⁶ de los magistrados de familia o de los mediadores sociales, da la impresión de inspirarse en la necesidad de creer en una imagen ideal de la pareja separada. ¿Cuáles serían las características de ese cuadro imaginario que inspira las actitudes de esos profesionales? La de dos padres separados que han terminado sus disputas, en todo caso, delante de sus hijos, que han superado el duelo de la ruptura y se muestran aptos para dialogar, razonables, honestos y ecuanímenes a la hora de decidir de los aspectos financieros, legales y de las normas educativas, temas todos que antes eran objeto de discusiones interminables, dos adultos felices, liberados de un matrimonio “infernial” y avanzando con sus hijos hacia la construcción de un futuro radiante ... (cfr. Wallerstein y col., 2000).

Según ese cuadro idílico, los hijos prosiguen sin pena sus actividades escolares cotidianas y sus momentos de tiempo libre, han superado la fase de transición, asumido la bi-localización de su hogar y se muestran capaces de repartir días y veladas entre ambos domicilios y dos contextos sociales diferentes, sobre todo en cuanto se refiere a los vecinos. La vida puede continuar como antes, incluso enriquecida si se la compara con la situación anterior.

El dogma acerca del *carácter transitorio de las reacciones* frente al divorcio postula que, si se establece un *cuadro jurídico* claro en cuanto a la tutela de los hijos, al derecho de visitas; si se facilita *apoyo psicosocial* durante el periodo inmediato a la separación y si los padres cuentan con una orientación adecuada, o, mejor aún, con la *mediación*, matizada con buenas lecturas propuestas por los mediadores, entonces los niños se sentirán rápidamente a gusto. Sin negar la utilidad de éstas intervenciones cuando ellas son practicadas por profesionales interesados en el interés superior del niño, no es menos cierto, como sostienen Wallerstein y col. (2000) que se trata de una “visión asumida con ardor y que se continua a sostener”.

Por supuesto, si todas esas condiciones expuestas en el cuadro ideal estuviesen reunidas, el impacto psicológico negativo disminuiría y el proceso de “duelo” se desarrollaría con menor costo. Sin embargo, parece olvidarse que “las experiencias existenciales, cualquiera que sea su origen, y aún más cuando son traumáticas, dejan huellas en la historia del sujeto” (Serrano, 2000). Podemos imaginar mejores soluciones para resolver la situación, aun-

que, en el caso presente, nuestros deseos entren en colisión con la realidad de los hechos. Se inscriben en el orden del “wishful thinking”.

Peor aún. La premura manifestada para sostener la creencia en el carácter transitorio del impacto negativo del divorcio reduce en realidad la capacidad de proponer a los niños y a los adultos elementos realistas de comprensión de la situación, indispensables, sea para replantear la decisión de la separación, o para disminuir su impacto a largo plazo.¹⁷ Por otra parte, ésta creencia bloquea, por lo menos en parte, nuestra capacidad de elaborar proyectos adecuados de apoyo a los niños cuyas necesidades se modifican con la edad. Finalmente, puede dar lugar a “economizar” una escucha más profunda y humana de la importancia de los silencios y de las demandas del niño.

Sostener ésta actitud es poco sensato.¹⁸ Felizmente, este segundo mito comienza a perder vigencia. Según Wallerstein y col., el cuestionamiento del mito proviene de nuevas voces que se manifiestan en el escenario americano. Esas voces son las de los “hijos del divorcio”, casados, padres de familia, divorciados a su vez, que se expresan con la autoridad suficiente para no ser ignoradas.

Esos “hijos del divorcio” llegados a la edad adulta, expresan claramente hasta que punto la cólera y la decepción de sus padres en el momento de la ruptura no constituía para ellos su preocupación mayor. Salvo en los casos de violencia física, de abuso o de conflictos permanentes e irreductibles, solo recuerdan vagamente los periodos considerados como críticos por los adultos. Se declaran sorprendidos que ningún juez, abogado o mediador, o cualquier otro profesional, haya sinceramente tomado en consideración sus verdaderos intereses o deseos en el momento de la ruptura de los padres. Lo importante para ellos han sido los años vividos después del divorcio y su experiencia en las familias recompuestas, así como sus sentimientos de soledad, tristeza, cólera o rencor¹⁹ que los encerraba en el pasado. No se trata entonces de un “duelo” a procesar, sino de las consecuencias ulteriores de la situación, entre las cuales superar el rencor provocado por la situación de ruptura y por el “abandono” vivido por ellos.

Aparte de los problemas materiales, muy reales por cierto, ellos viven preocupados por sus relaciones con los nuevos compañeros de “papá” y de “mamá”, así como su adaptación a las familias recompuestas y en recomposición. En ésta atmósfera surgen las dudas respecto a su propia vida afectiva, a su capacidad para confiar en el otro diferente, al temor de repetir la conducta de los padres, llámese esta violencia o infidelidad. Es decir, se muestran inseguros para establecer relaciones afectivas estables a largo plazo.

Por otra parte, en el campo relacional, los sujetos muestran una actividad sexual precoz, suelen llegar a ser padres fuera del matrimonio, se casan proporcionalmente con menos frecuencia y se divorcian más fácilmente.

Estos diferentes rasgos, cuya causalidad no es ciertamente unívoca, pueden describirse como las *reverberaciones del divorcio a largo plazo*: rasgos evocadores de una sensibilidad relacional aumentada, incluso si, en el fondo, esos adultos desean profundamente constituir una familia estable, sólida y amante, en pocas palabras, ser felices como los demás.

Conclusiones

A lo largo de éste artículo se ha mostrado hasta qué punto el divorcio constituye un desafío para aquellos que trabajan en favor del interés superior del niño. Como profesionales debemos insistir en los hechos, sin acallar aquellos aspectos negativos que el divorcio provoca en la estructura familiar. Tampoco se trata de negar la existencia de circunstancias de violencia o de sufrimiento insoportable que justifican el recurso al divorcio. Se considera que lo más importante es superar la “victimología” para acoger adecuadamente las consecuencias de éste avatar, dramático a sus horas, de las historias de pareja.

Se analizó el impacto psicológico del divorcio sobre los niños en términos de ruptura y de “duelo”, subrayando la ausencia de consenso en cuanto a la interpretación de esos hechos. Mi experiencia clínica confirma las hipótesis desarrolladas por Wallerstein y col. (2000), cuando afirman que la satisfacción vivida por los padres después de la ruptura, no corresponde necesari-

riamente a la vivencia de sus hijos. Es el primer mito respecto al divorcio que debemos tener presente en nuestro quehacer clínico.

El segundo mito, es el de la afirmación dogmática acerca del carácter transitorio del sufrimiento del niño. Interrogar ésta afirmación no es del gusto del pensamiento llamado “moderno” el cual muestra más bien una preferencia marcada por los postulados doctrinarios pese a la existencia de hechos que pudiesen invalidarlos. En efecto, los datos empíricos actuales muestran claramente la permanencia temporal del sufrimiento vivenciado por los niños de padres divorciados, quienes desarrollan una cierta vulnerabilidad relacional, pese a una madurez intelectual y social correcta.

Según estos datos, las personas interesadas en el bienestar del niño estamos emplazadas a elaborar adecuadamente nuestros medios de intervención, ya sea para prevenir las situaciones de ruptura o para acoger a las personas con honestidad y pertinencia, pues se trata sobre todo de sostener lo humano y, en particular, “el interés superior del niño”. Prevenir la emergencia del divorcio supone promover la armonía y la felicidad de las parejas: preparar a los jóvenes para el matrimonio, proveyéndoles de la información y de la formación suficientes para ayudarles a construir una familia duradera, es decir, situar su proyecto en la perspectiva de un compromiso que debe reforzarse en el curso del tiempo. “La relación conyugal, desde el momento en que se inscribe en la reciprocidad, en la amistad y en la intimidad, supone un compromiso inscrito en una historia. La pareja no se construye en el instante ni en la premura, pues la instantaneidad y la premura de una relación inscriben ésta en la violencia de la fractura, incluso si se la califica de “libremente” consentida” (Serrano, 2004).

Prevenir las rupturas de pareja consiste también en proponer a los matrimonios o a las familias constituidas, las herramientas que les permitan superar los conflictos, siempre presentes en la historia familiar, así como manejar las crisis sin recurrir de entrada a la solución de ruptura en nombre de una felicidad virtual situada en otro espacio. Prevenir las rupturas de pareja es, finalmente, contribuir a la realización afectiva y personal de todos los miembros de la familia; favorecer la emergencia de valores latentes y promover la realización que no soslaye el placer de la intimidad corporal vivida en el tiempo.

Cuando *la ruptura es inevitable*, nuestra tarea es intervenir serenamente para acoger la demanda de apoyo de aquellos que la soliciten. Intervenir en la acogida de los niños cuyos padres han decidido separarse, es centrar toda nuestra atención en el desarrollo de recursos propios al niño, especialmente durante el periodo agudo del traumatismo de separación.²⁰ Se trata de acompañar al niño en situación de desconcierto, para evitar que las heridas provocadas no paralicen su acción en el mundo, y que los sentimientos de cólera, rencor o culpabilidad no encierren su afectividad en los sentimientos del pasado.

Intervenir, es también prever el acompañamiento a largo plazo de los niños de padres divorciados. Se trata de abrir espacios de escucha y de disponibilidad a su servicio para evitar sus efectos ulteriores así como la repetición de la situación.

Bibliografía

- BRUCKNER, P. (2000). *L'euphorie perpétuelle*. Paris: Grasset.
- HETHERINGTON, E. M.; COX, M. y COX, R. (1982). Effects of divorce on parents and children. En Lamb M.(Ed) *Nontraditional Families*. Hillsdale, NJ.: Erlbaum.
- HETHERINGTON, E. M. (1988). Le stress et l'adaptation chez les enfants et dans les familles. En DOYLE, A. B.; GOLD, D. y MOSKOWITZ, D. S. *L'enfant et le stress familial*. Les Presses de l'Université de Montréal: Montréal.
- LASCH, Ch. (1989). *The culture of narcissism*. New York: Warner Books.
- MINUCHIN, S. (1974). *Families and family therapy*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press:
- PAYKEL, E. S. (1974). Life Stress and Psychiatric Disorder: Applications of the Clinical Approach. En DOHRENWEND, B. S. (Ed.) *Stressful Life Events: Their Nature and Effects*. New York: Wiley.
- PORTES, P. R. y BROWN, J. H. (2005). Comprensión de la diferencia de sexo en la adaptación de los niños al divorcio: inferencia en la práctica. *Revista de Psicología UCA*, I, II, 5-29.
- SERRANO, J. A. (2000). Parcours de pardon: sur les sillons de l'expérience, in PINCETTI, M.-G. (Ed): *Le Loup de Gubbio: Aimer ses ennemis?*. Namur: Editions Racine, Fidélité.
- SERRANO, J. A. (2004). Valores familiares y modernidad. *Familia et Vita* (Roma) IX, 1-2, 138-153.
- VIAUX, J. L. (1997). *L'enfant et le couple en crise*. Paris: Dunod.
- WALLERSTEIN, J. S. y KELLY, J. B. (1980). *Surviving the Break-up: How Children and Parents Cope with Divorce*. New York: Basic Books.
- WALLERSTEIN, J. S.; LEWIS, J. M. y BLAKESLEE, S. (2000). *The unexpected legacy of divorce*. New York, Hyperion.
- WALLERSTEIN, J. S y CORBIN, S. B. (2002). «The Child and the Vicissitudes of Divorce» in Lewis M. (Ed): *Child and Adolescent Psychiatry*.

Notas

- ¹ Una primera versión de éste trabajo fue publicada en la Revista Familia et Vita (Roma) del Consejo Pontificio de la Familia el cual nos ha autorizado a retomar en buena parte el texto inicial.
- ² Según Lasch (1989), el credo del sujeto narcisista moderno es el de «permanecer atento a su salud, zafarse de sus complejos, esperar las vacaciones: vivir sin ideal ni objetivos trascendentes».
- ³ Aceptar la falla del ser (la incompletud), renunciar a la posesión del otro y abrirse al Otro, a la Palabra.
- ⁴ Empleo en este caso el término de reacción en la perspectiva jasperiana.
- ⁵ Traducción literal de la locución francesa «s'envoyer en l'air»: sentir un placer intenso, sobre todo de orden sexual.
- ⁶ No se trata de un proceso de duelo en sentido psicopatológico estricto puesto que el objeto esta presente, lo cual podría explicar el carácter inacabado del proceso.
- ⁷ Púdicamente llamadas «familias recompuestas».
- ⁸ El esquema conceptual de una familia comporta tres facetas: 1º) la familia se transforma en el curso del tiempo, adaptándose y reestructurándose para asegurar la permanencia de su funcionamiento; 2º) la familia es una estructura que no puede concebirse sino en movimiento.
- ⁹ Todo va bien en el mejor de los mundos.
- ¹⁰ Trickle = red. Trickle down theory = teoría según la cual las riquezas acumuladas por unos pocos, beneficiarían a todos los miembros de la sociedad. En la economía neoliberal hay quienes sostienen la teoría del “bienestar por rebalse” y pregonan que, mientras más ricos hayan, menos pobres habrán.
- ¹¹ Viaux: op. cit., p. 10.
- ¹² J.-G. Lemaire [1979] desarrolla una hipótesis psicoanalítica para explicar la constitución de la pareja «el encuentro amoroso se efectúa entre dos seres que afrontan conflictos internos comunes. Es la fusión en el deseo, la que permite a cada uno de encontrar su sí mismo en el otro, que hace visible su problemática, porque especular...». Lemaire emplea los términos de «colusión» y de «confrontación narcisista» para definir la relación de pareja.
- ¹³ Título de un libro interesante: Gottman J. «*Why the marriages succeed and fail*», New York, A Fireside Book, Simon and Schuster, 1994.

¹⁴ Ibidem, p. 119.

¹⁵ Expresado a veces mediante la violencia asesina: en octubre del 2002, los periódicos italianos subrayaban que, en el curso de los seis años pasados se habían producido más de ¡ochocientos muertos! entre personas divorciadas.

¹⁶ Incluyo bajo ese término psicólogos, psicoterapeutas y psiquiatras.

¹⁷ over the long haul» (recorrido).

¹⁸ But it's misguided».

¹⁹ La raíz latina de esa palabra sugiere un estado de lo que está rancio, es decir, que ha adquirido un fuerte olor, un sabor acre.

²⁰ Cf. el excelente artículo publicado en esta misma revista por Portes y Brown (2005).

Los sesgos cognitivos en la toma de decisiones

Nuria Cortada de Kohan
Universidad de Buenos Aires

Guillermo Macbeth
CONICET

Resumen

En este trabajo se hace una presentación del Programa de “Heurísticos y sesgos” que iniciaron en 1970 Tversky y Kahneman y que en 2002 le valió a Daniel Kahneman compartir el Premio Nobel en Economía. Se señala en el trabajo el complejo problema de la toma de decisiones en los casos de incertidumbre. Estos autores han demostrado que en las intuiciones de las personas sobre la probabilidad de los hechos se producen muchos sesgos y se señalan algunos de ellos y los ejemplos con los que los han demostrado como la falacia de la ley de los pequeños números, el sesgo de conjunción y otros. También se presenta la teoría de las expectativas (prospect theory) y el sesgo de sobre confianza acerca del cual están trabajando los autores de este trabajo actualmente.

Abstract

This paper introduces the “Heuristics and Biases” ideas that Tversky and Kahneman presented around 1970 and that underline the Nobel Prize given for the first time in the history of Psychology to a psychologist, Daniel Kahneman in 2002. Here some of the more usual cognitive biases are put forward, specially those that occur in the human judgement when decisions are taken within uncertainty. Kahneman and Tversky have developed their own perspective of bounded rationality in the prospect theory. Some of the biases are violations of basic laws of probability as the conjunction fallacy. Some examples are presented in this paper and also some of the empirical facts obtained in our present work in on over confidence.

Palabras clave: incertidumbre, toma de decisiones, sesgos cognitivos, autoconfianza

Key words: uncertainty, cognitive biases, decision making, selfconfidence

“...La ciencia intenta explicar y predecir fenómenos observables por medio de unas cuantas leyes generales. En las ciencias más avanzadas estas leyes se expresan por relaciones cuantitativas entre diversas propiedades fundamentales de los objetos investigados... El proceso mediante el cual los científicos representan propiedades por números se llama medición...”¹

Introducción

A lo largo de la vida todas las personas tomamos una gran cantidad de decisiones; algunas veces son fáciles, otras son muy difíciles de tomar, porque nos encontramos frente a una duda, conflicto o incertidumbre. A veces la incertidumbre proviene de no saber que va a pasar en el mundo, como cuando no estamos seguros de si va a llover o no y por tanto si decidir salir con paraguas o no y otras veces la incertidumbre está en la falta de conocimiento de uno mismo. “Si concurre a un restaurante chino, ¿me gustará la comida? Si elijo tal carrera: ¿tendré suficientes aptitudes?” La teoría de la decisión es el estudio de cómo conviene tomar las decisiones frente a preguntas tales como “¿Subirán las tasas de interés? ¿Puedo confiar en tal persona? Si me opero de tal enfermedad ¿cuál es el riesgo de morir?” La decisión es en parte psicológica porque intenta explicar y describir como se realizan decisiones y cuales son las variables que determinan la conducta de elección de los seres humanos, en diversos contextos. Pero existe una teoría formal de la decisión que trata sobre las decisiones óptimas, es decir prescribe cuáles son las decisiones que conviene tomar en cada caso según los objetivos y la información de que se dispone. La información que se tiene sobre los hechos a decidir es sumamente importante y en este sentido se pueden tomar decisiones bajo certeza, bajo completa ignorancia o con cierto riesgo. La toma de decisiones con toda certeza o con completa ignorancia no son problema.. El caso más interesante es la toma de decisión con riesgo en el que se supone que el suje-

to tiene alguna información y puede evaluar las probabilidades de los distintos estados de la naturaleza. Las elecciones con riesgo son en esencia *apuestas* cuyos resultados vienen determinados conjuntamente por la elección individual y algún procedimiento aleatorio específico. El que decide no puede saber que estado del mundo se va a dar pero conoce las probabilidades de ocurrencia de los distintos estados. En algunos casos como en las apuestas con los juegos de dados se saben exactamente las probabilidades objetivas y se puede calcular la esperanza matemática de ganar o perder en un juego. En otros casos como en las inversiones en negocios, el jugar a la bolsa, etc., solo se conocen estimaciones subjetivas y aproximadas de las probabilidades para poder calcular los beneficios.

El estudio de los juicios humanos frente al riesgo y la incertidumbre se transformó en 1970 cuando Kahneman y Tversky introdujeron su enfoque sobre "*heurística y sesgos*", desafiando los modelos que dominaban y que eran estrictamente racionales. El enfoque de estos autores generó un torrente de investigaciones en psicología la que se extendió y afectó el saber académico en economía, derecho, sociología, medicina y ciencias políticas. La importancia de estos problemas se ha puesto en evidencia el año 2002 cuando por primera vez en la historia de la psicología un psicólogo, el Dr. Daniel Kahneman compartió el premio Nobel en Economía.

El núcleo de las ideas del programa de heurística y sesgos es que el juicio bajo incertidumbre se basa a menudo en una cantidad limitada de conceptos heurísticos simplificadores, más bien que en un procesamiento algorítmico más formal y extensivo.

Véase con algún detalle esto. Los procedimientos utilizados en la resolución de un problema pueden ser por *algoritmos* o por *heurísticos*. Los *algoritmos* (viene de *guarismo* = cantidad y es una alteración por influjo del griego *arithmós*) son estrategias que garantizan la solución. Por ejemplo, un algoritmo son las reglas para realizar una división cualquiera de dos números, es decir lo que haríamos para dividir 240/30. Esta garantizado que estas reglas nos darán un resultado indefectiblemente correcto. Los procedimientos *heurísticos* en cambio, (de *heuriskó*, yo hallo, descubro, en griego) (Crominas, 1973) son procedimientos que proveen ayuda en la solución de un

problema, pero no de manera justificada: son juicios intuitivos, que se basan en el conocimiento parcial, en la experiencia o en suposiciones que a veces son correctas y a veces erradas, no existe una seguridad absoluta y lógica, sobre los mismos. Los investigadores citados trabajaron muchos años juntos, e identificaron tres heurísticos para propósitos generales.

Antecedentes históricos

El modelo clásico de elección racional que había sido aplicado sobre todo en Economía hasta los años 70, sostiene que la persona elige qué alternativa a seguir evaluando la probabilidad de cada resultado posible, determinando la utilidad que se deriva de cada una y combinando estas dos evaluaciones. La opción elegida será aquella que ofrece la combinación óptima de probabilidad y utilidad. Este cálculo de probabilidad y utilidad puede ser un juicio bastante difícil de lograr, pero la teoría de la elección racional supone que las personas lo hacen bien. Sin embargo, existen muchas pruebas de que las evaluaciones de probabilidad y riesgos de las personas no están de acuerdo con las leyes de la probabilidad.. Existen además algunas contribuciones psicológicas tempranas que han tenido importancia en la modificación de esta “teoría racional”. Por ejemplo, el trabajo de Paul Meehl (1954) en el que comparó la predicción diagnóstica con métodos clínicos y estadísticos o actuariales y demostró que el método estadístico siempre obtenía mejores resultados. Por otro lado, Edwards (1963) introdujo los análisis de Bayes en la psicología y demostró que los juicios intuitivos de verosimilitud no se correspondían con el estándar formativo ideal. Finalmente Herbert Simon (1957) señaló que una total racionalidad suponía que el modelo de elección racional era un estándar poco realista para el juicio humano. Propuso un criterio más limitado para la realidad del accionar que llamó *racionalidad limitada* (bounded rationality) que reconocía en el proceso mental humano limitaciones inherentes; las personas eligen y razonan racionalmente pero solamente dentro de las restricciones impuestas por su búsqueda limitada y sus capacidades de cálculo.

El Programa de heurísticos y sesgos

Inspirados en estos antecedentes Kahneman y Tversky desarrollaron su propia perspectiva de racionalidad limitada. Según estos autores los procesos de juicios intuitivos no solo eran más simples de los que exigían los modelos racionales sino que eran categóricamente de una clase diferente. Así describieron tres heurísticos con fines generales que son la *accesibilidad*, la *representatividad* y el *anclaje o ajuste*, que subyacen a muchos juicios intuitivos bajo incertidumbre. Aunque la intuición heurística se distingue de los procesos de razonamiento formativo por pautas de juicios sesgados, los heurísticos en sí mismos son procedimientos de estimación que de ningún modo son irracionales. Son respuestas intuitivas normales no solo para los problemas de alta complejidad sino para las más simples cuestiones de verosimilitud, frecuencia y predicción. Veamos ahora cuáles fueron algunos de los sesgos señalados por estos cognitivistas.

El sesgo de la ley de los pequeños números

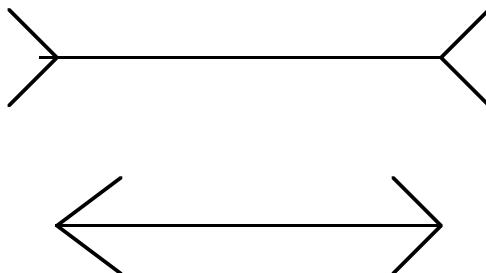
En los trabajos de los primeros años estos investigadores (Tversky y Kahneman, 1971) se dedicaron a demostrar que el pensamiento intuitivo de muchas personas sobre el concepto de azar era erróneo y estos errores no solo se daban en personas con poca formación estadística sino que eran compartidos por muchos investigadores. Lo que llamaron la *creencia en la ley de los pequeños números* explica según ellos la conocida falacia de los jugadores. El jugador cree que la perfección de una moneda o de un dado le permite esperar que una desviación en un sentido (por ejemplo la aparición de cara varias veces seguidas) será compensada por una desviación en el otro (la aparición de cruz). Sin embargo, esto puede no ocurrir, porque cada tirada de un dado o de una moneda es una experiencia independiente. Lo que pasa es que algunos procesos naturales sí siguen estas leyes: por ejemplo un desvío en el equilibrio produce una fuerza que restablece el mismo. Pero las leyes del azar no operan de esta manera; los desvíos no se suprimen sino que a medida que una muestra aumenta el número de unidades, se van diluyendo. La ley de los grandes números garantiza que las muestras grandes sean representativas de la población de la que se han extraído; pero no las mues-

tras pequeñas. Sin embargo la intuición de las personas también les hace pensar que las pequeñas cantidades se regirán por las leyes de los grandes números y esto no es cierto. Kahneman y Tversky fueron también algunos de los primeros autores que señalaron la importancia de llevar a cabo los cálculos para analizar la potencia de un test estadístico (Cohen 1969) para que la comunidad científica se protegiera de un rechazo apresurado de la hipótesis nula.

Los juicios de incertidumbre

Kahneman y Tversky (1973) fueron los primeros en señalar que al hacer pronóstico y juicios bajo incertidumbre las personas no parecen seguir los cálculos para el azar o la teoría estadística para la predicción. En vez de esto, se apoyan en una cantidad limitada de representaciones que a veces producen juicios razonables y a veces conducen a errores sistemáticos grandes y a menudo no pueden interpretar las leyes de la regresión a la media. Los autores consideran que los análisis sobre la incertidumbre (1982) en filosofía, estadística y teoría de la decisión a veces consideran a la incertidumbre en términos de una sola dimensión de la probabilidad o grados de creencia; pero que una perspectiva psicológica revela que esta comprende una gran variedad de procesos y experiencias. Todos los días se toman decisiones. Generalmente el análisis de la decisión distingue entre elecciones riesgosas y sin riesgo. El ejemplo paradigmático es la decisión riesgosa de aceptar una apuesta que produce resultados momentáneos con un a probabilidad específica. Una decisión sin riesgo es aceptar una transacción en la cual un bien o un servicio se cambia por dinero o trabajo.

Las distorsiones o anomalías (Thaler,1992) que se registran en este sector del pensamiento humano pueden ser estudiados experimentalmente. Estos fenómenos han sido comparados con las ilusiones perceptivas como por ejemplo la de Müller-Lyer o la del cubo de Necker (Piattelli Palmarini, 1995) en tanto se trata en ambos casos de distorsiones en el ajuste del pensamiento al medio. Recordemos que la ilusión Müller-Lyer consiste en cierta confianza de la percepción visual generada por dos líneas paralelas como las de la figura que se presenta a continuación:



Las líneas A y B parecen distintas a pesar de tener la misma longitud. La ilusión es generada por la forma en que se presentan las flechas de los extremos. Las distorsiones en el procesamiento humano no ocurren solo en el ámbito perceptivo. Las decisiones de incertidumbre constituyen probablemente, uno de los sectores más estudiados desde esta perspectiva.

La elección riesgosa

Esto se hace siempre sin el conocimiento adelantado de las consecuencias, como salir con paraguas o no. Como las consecuencias de tales acciones dependen de hechos inciertos como el clima puede considerarse como la aceptación de una apuesta que puede tener distintos resultados con diferentes probabilidades. Existe el enfoque de la elección riesgosa iniciado por Bernouilli en 1738 que deriva muchas de sus hipótesis de un análisis psicológico de las respuestas al dinero y a la probabilidad. Para ilustrar el análisis de Bernouilli consideremos la elección entre la perspectiva de ofrecer una probabilidad de 0,85 de ganar 1000\$ (contra la probabilidad del 0,15 de no ganar nada) frente a la alternativa de recibir sin apostar 800\$. Una gran mayoría de personas prefiere la seguridad, es decir recibir sin apostar, aunque la apuesta tiene una esperanza matemática más elevada es decir $(0,85 \times 1000) + (0,15 \times 0) = 850\$$. Esta preferencia por una ganancia segura es un caso de lo que los autores llaman *risk aversion* es decir *rechazo al riesgo*. La preferencia por el riesgo se llama *búsqueda de riesgo (risk seeking)*. Bernouilli sugirió que las personas no evalúan las perspectivas por el dinero a recibir, sino por la esperanza del valor subjetivo de estos resultados. El valor subjetivo de una apuesta es también un promedio ponderado pero ahora es el valor subjetivo de cada resultado el que se pondera por su probabilidad. Para explicar el rechazo al riesgo Bernouilli dijo que el valor subjetivo o utilidad

es una función cóncava del dinero. En tal función una diferencia de utilidad entre 200\$ y 100\$ es mayor que la diferencia de utilidad entre 1200 y 1100. Por lo tanto el valor subjetivo agregado a los 800 \$, del ejemplo, es más que el 80% del valor de ganancia sobre 1000. Por lo tanto esto hace que haya un rechazo al riesgo en donde se podría ganar el 85% para aceptar una probabilidad de ganar el 80% de 1000.

La teoría de la expectativa (prospect theory)

Los autores que estudiamos (1984) señalan que las personas piensan en términos de ganancias, pérdidas y resultados neutrales. Así proponen un análisis psicofísico de ganancias y pérdidas y no en resultados totales y este supuesto es lo que para considerar el tratamiento de la elección riesgosa Kahnemann y Tversky han llamado *prospect theory* o *teoría de la expectativa*. Así al tener en cuenta que el valor subjetivo entre una pérdida de 200 \$ a 100\$ es mayor que el valor subjetivo de una pérdida entre 1200 y 1100 y graficándolas juntas tenemos una curva en forma de S (con mayor pendiente para pérdidas que para ganancias.) Esta propiedad de tener mayor pendiente para pérdidas que para ganancias se llama *risk aversion* o *rechazo al riesgo*. Y hace que una pérdida de X \$ produzca más rechazo que atracción una ganancia de los mismos X \$. El supuesto del rechazo al riesgo tiene gran importancia para la teoría económica. Así como la concavidad de los valores de las ganancias supone rechazo al riesgo, la convexidad de los valores de pérdida supone búsqueda de riesgo. Así la mayoría de las personas prefieren la apuesta de perder 1000 \$ (probabilidad de 0,85 de perder, 0,15 de no perder) cuya esperanza matemática es -850 , que una pérdida segura de -800 .

Uso común del heurístico accesibilidad

Uno de los heurísticos más comunes es el de la *accesibilidad*. Esto significa que con frecuencia las personas valoramos la probabilidad o frecuencia de aparición de algún acontecimiento sobre la base de asociaciones que se tienen en mente. Por ejemplo para demostrar esto usaban problemas como el siguiente:

Se ha realizado un test de personalidad a 30 ingenieros y a 70 abogados, todas personas exitosas en sus respectivas carreras. Teniendo en cuenta esto considere la siguiente descripción, elegida al azar de las 100 disponibles y diga cuál es la probabilidad de que la siguiente descripción corresponda a un ingeniero.

...Ricardo es un hombre de 35 años. Es casado sin hijos. Una persona de gran capacidad y motivación que promete tener éxito en su trabajo. Es muy bien visto por sus colegas...

La mayor parte de los examinados, psicólogos que habían seguido un curso de estadística, contestaron que la probabilidad de que Ricardo fuera ingeniero era del 50%. No se daban cuenta de que si la muestra era de 100 y solo se habían examinado 30 ingenieros, la probabilidad real de ser ingeniero no podía ser mayor de 30/100.

Los problemas de dominancia e invariancia

Otro problema estudiado por nuestros autores en relación a las elecciones racionales, es sobre dos principios que son conocidos desde el trabajo pionero de Von Neuman y Morgenstein (1948) sobre la teoría de la decisión. Estos son el de la *dominancia e invariancia*.

La *dominancia* exige que si una expectativa A es por lo menos tan buena como la "B" en todos los aspectos y mejor que "B" al menos en un aspecto, A debe preferirse a "B". La *invariancia* supone que el orden de preferencia entre dos expectativas no debe depender de cómo son descriptas. Esto hace que dos versiones de un problema de elección que son equivalentes cuando se presentan juntas, deben demostrar la misma preferencia cuando se presentan por separado. Pero esto no suele ocurrir en los hechos. En los experimentos de Kahneman debido al rechazo por el riesgo en un caso y a la preferencia por la búsqueda de riesgo en otro los sujetos no respetaban el principio lógico de la invariancia. Uno de los problemas presentados por Kahneman es el siguiente:

En un país "X" se cree que puede haber una epidemia de una enfermedad que podría matar a 600 personas. Se proponen varios programas

sanitarios para combatir la epidemia. Las estimaciones de las consecuencias de cada programa son las siguientes:

Primera Parte

Programa A. Se podrán salvar 200 personas

Programa B. Existe una probabilidad de $1/3$ de que se salven las 600 personas y $2/3$ de que no se salve nadie.

Segunda parte

Otros investigadores presentaron los siguientes programas:

Programa C. Si se adopta morirán 400 personas

Programa D. Existe una probabilidad de $1/3$ de que nadie muera y $2/3$ de probabilidad de que las 600 personas mueran.

En la primera parte del problema se habla de ganancias, medidas por el número de vidas salvadas y como era de esperar la mayoría de los sujetos (72%) prefirió el programa “A” que representa rechazo al riesgo, en cambio en la Segunda parte se habla de pérdidas de vida y en este caso las personas en su gran mayoría (78%) eligen el programa D buscando apostar y aceptando la búsqueda de riesgo. Con esto se demuestra el fracaso del principio de la invariancia porque como se puede ver observando los datos del programa, “A” y el “C” son iguales, en uno se salvaran 200 de las 600 personas y en el otro morirán 400.

El sesgo de sobre confianza

El sesgo de “sobreconfianza” puede ser definido como un error sistemático de calibración subjetiva de éxito en la toma de decisiones bajo incertidumbre (Camerer & Lovallo, 2000; Oskamp, 1965). Este error consiste en la sobre estimación del éxito de las propias decisiones. De manera más específica puede formularse como el exceso de confianza en las estimaciones subjetivas (E) en comparación con los resultados reales obtenidos u observados (O) Esta relación puede apreciarse a continuación en la Ecuación 1.

$$C = \sum_{i=1}^n (E_i - O_i) \quad (1)$$

La confianza (C) o calibración subjetiva de éxito en las propias decisiones surge de la discrepancia entre lo estimado (E) y lo observado (O) para una serie (n) de tareas. Si lo estimado es mayor que lo observado se genera el sesgo de sobre confianza. Si lo estimado es menor que lo observado se produce el fenómeno contrario, esto es, el sesgo de subconfianza. La sobre confianza se identifica con puntajes positivos en C y la subconfianza por puntajes negativos. En general todos los autores suelen hablar de un sesgo de sobreconfianza. Sin embargo nosotros hicimos un experimento muy simple aplicando un test de conocimientos generales bastante difícil (Macbeth & Cortada, 2005) Al comparar los puntajes obtenidos por los sujetos (n= 79) con su estimación no hallamos diferencias significativas, es decir no hallamos sobreconfianza. Sin embargo cuando separamos el grupo de sujetos en dos subgrupos los que tenían resultados muy buenos y los que tenían resultados muy bajos encontramos que los sujetos de muy bajo rendimiento efectivamente *sobreestimaban* sus resultados (sobreconfianza) mientras que los sujetos de alto rendimiento en cambio *subestimaban* sus resultados. De todos modos esto son resultados provisionarios pero estamos trabajando en el tema, ampliando la cantidad de sujetos de las muestras y usando otros instrumentos de medición.

La falacia de conjunción

Las leyes de la probabilidad derivan de consideraciones *extensivas*. En estas se sabe que la probabilidad compuesta $P_{(A \text{ y } B)} < P_{(B)}$ y $P_{(A \text{ y } B)} < P_{(A)}$. Es decir que aunque “A” y “B” sean hechos independientes, una intersección no puede ser nunca más probable que uno de los constituyentes. En cambio los juicios intuitivos de probabilidad no son extensivos y muchas veces estas evaluaciones naturales para estimar o predecir un hecho que se llaman juicios heurísticos e incluyen similitud, representatividad, atribuciones de causalidad y también la falacia de conjunción que consiste en que alguna vez se llega a estimar que la probabilidad de un hecho “B” pueda ser menor que la

probabilidad de “A” y “B” juntos. En uno de los problemas por ej., daban la descripción de un personaje “Linda” a un grupo de estudiantes como la siguiente:

Linda es una chica de 31 años, soltera muy inteligente. Cuando era estudiante estaba muy preocupada por temas de discriminación y justicia social. Señale a continuación de las siguientes alternativas 1 y 2 cuál le parece más probable

- 1) Linda es ahora empleada de un banco
- 2) Linda es empleada de un banco y una activista femenina.

Más del 85% de los encuestados señalaba la alternativa 2. como la más probable, (siendo así que la posesión de 2 atributos juntos es siempre menos probable que la de uno solo), produciendo la falacia de conjunción.

La incertidumbre es un aspecto inevitable de la condición humana. Muchas elecciones se basan sobre creencias, sobre la verosimilitud de los hechos de dudosa certidumbre como la culpa de un acusado, el resultado de una elección, el valor futuro del dólar, el resultado de una operación quirúrgica, la elección de una escuela para los hijos, etc., etc. El hombre no puede calcular, en muchos casos, formalmente las probabilidades y debe conformarse con su juicio intuitivo; pero este a menudo puede llevarle a errores y son precisamente estos errores los que es conveniente conocer. La familiaridad es también una decisión heurística automática. Se sabe que la familiaridad con un estímulo aumenta la respuesta afectiva, y las impresiones afectivas están siempre a mano y proporcionan una base más fácil para las decisiones que una evaluación cognitiva deliberada de cada opción. Esto no implica de ningún modo un desmerecimiento de nuestras capacidades para pensar. Recordemos que tampoco en la percepción a veces se pueden soslayar los sesgos como en las célebres figuras de las dos líneas paralelas de Müller-Lyer.

Las propuestas de Tversky y Kahneman han hecho reflexionar mucho a los psicólogos. En realidad como suele ocurrir también estos autores han recibido fuertes críticas. Por ejemplo Gigerenzer (1996) y Cosmides y Tolby (1996) y otros señalan que algunos problemas como el de Linda exigen opi-

nar sobre la probabilidad de un suceso único y habría que saber cuál es la probabilidad de que Linda sea cajera de un banco, pero esto es incalculable y por eso los sujetos se equivocan tanto, pues el problema está en el enunciado en términos de frecuencia y de esto se seguirá que el modo de razonar de los que se equivocan no es de ningún modo ilógico.

No es posible en esta presentación analizar todos los problemas sobre elecciones riesgosas, decisiones sobre incertidumbre, etc., estudiados por esta rama del cognitivismo, pero si debemos decir que estos estudios han representado y representan un gran estímulo para la realización de una serie de investigaciones sobre los temas más diversos que van desde el estudio de los juicios sociales (Kahneman y Miller, 1986) a las elecciones que se hacen en el dominio de las emociones (Miller y Schwarts, 1999) lo cual indica la importancia de sus teorías y experiencias.

Bibliografía

- BERNOUILLI, D. (1954). Exposition of a new theory on the measurement of risk *Econometrika* 22, pp. 23-36 (Publicación original 1738).
- CAMERER, C. y LOVALLO, D. (2000). Overconfidence and Excess Entry. En D Kahneman y A Tversky (Eds.) *Choices, Values and Frames* (pp. 414-423), New York: Cambridge University Press.
- COHEN, J. (1969). *Statistical analysis in the behavioral sciences*. N.Y. Academic Press.
- COROMINAS (1994). *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*, Madrid, Gredos.
- CORTADA, N. y MACBETH, G. (2004). El reconocimiento público a la psicología cognitiva (A propósito del Premio Nobel otorgado en el 2002 a Daniel Kahneman) *Revista Irice*, set. 2004, N 18, pp. 139-164.
- COSMIDES, L. y TOLLBY, J. (1956). Are humans good intuitive statisticians after all? *Cognition*, 58, pp. 1-73.
- EDWARDS, W.; LINDMAN, H. y SAVAGE, L.J. (1963). Bayesian statistical inference for psychological research. *Psychological Review* 70, pp. 193-242.
- GIGERENZER, J. (1996) On narrow norm and vague heuristics. A reply to Kahneman and Tversky, *Psychological Review*, 104.
- GIGERENZAR, G.; CZERLINSKI, J. y MARTIGNON, L. (2002). How good are fast and frugal heuristics? En T. Gilovich, Dale Griffin and Daniel Kahneman (Ed) *Heuristics and Biases*. N.Y. Cambridge University Press.
- GILOVICH, T.; GRIFFIN, D. y KAHNEMAN, D. (Ed.) (2003). *Heuristics and Biases* N.Y. Cambridge University Press.
- KAHNEMAN, D. y MILLER, D. T. (1986). Norm theory. Comparing reality to its alternative *Psychological Review*, Vol 93, N 6, pp. 136-157.
- KAHNEMAN, D. y TVERSKY, A. (1973). The psychology of prediction *Psychological Review*, Vol 80, N 4, pp. 237-251.
- KAHNEMAN, D. y TVERSKY, A. (2000). *Choices, Values and Frames* N.Y. Russell Sage Foundation Cambridge University Press.
- MACBETH, G. y CORTADA, N. (2005). La estimación subjetiva de éxito en la toma de decisiones bajo incertidumbre. *Actas de las Quintas Jornadas de*

Tecnología Aplicada a la Educación Matemática Universitaria de la Facultad de Ciencias Económicas de la UBA.

- MEEHL, P. E. (1954). *Clinical versus statistical prediction*, Minneapolis, Minnesota University Press.
- MELLERS, N.; SCHWARTZ, A. y RITOR, I. (1999). Emotion Base Base Voice. *Journal of Experimental Psychology*, Vol 128, N 3, pp. 332-345.
- OSKAMP, S. (1965). Overconfidence in case-study judgments. En *The Journal of Consulting Psychology*. Vol 12, 269-275
- PIATTELLI PALMARINI, M. (1995). *Los túneles de la mente ¿Qué se esconde tras nuestros errores?* Barcelona, Crítica
- SIMON, H.A. (1957). *Models of man: Social and rational*. N.Y. Wiley.
- THALER, R.H. (1992). *The winner's Curse. Paradoxes and Anomalies of Economic Life.*, Princeton, Princeton University Press.
- TVERSKY, A. y KAHNEMAN, D. (1971). Belief in the law of small numbers. *Psychological Bulletin*, Vol 76, N 2, pp. 105-110.
- TVERSKY, A. y KAHNEMAN, D. (1983). Extensional versus Intuitive reasoning. The Conjunction Fallacy in probability judgment *Psychological Review*. Vol 90, N 4, pp. 293-315.
- VON NEUMAN, J. y MORGENSTERN, D. (1947). *Theory of games and economic behavior*. Princeton, Princeton University Press.

Notas

¹ COOMBS, C.H., DAWES, R.M. y TVERSKY, A. (1970) *Mathematical Psychology* N.Y. Prentice Hall.

Notas para una reformulación de la epistemología junguiana Primera Parte

Bernardo Nante
Universidad Del Salvador. Argentina

Resumen

La obra junguiana, que posee múltiples fuentes y cuyo carácter innovador conmueve la cosmovisión científica y cultural vigente, requiere ser comprendida desde sus propios términos. Se intenta recuperar, más allá de sus aparentes vacilaciones, la unidad epistemológica de la teoría junguiana que articula una aproximación científica conservadora y una propuesta de vanguardia que realiza un retorno a las fuentes antiguas. La teoría junguiana, que así integra el saber antiguo y moderno, intenta superar el concepto de psicología vigente, recuperando con una base empírica y metodológica adecuada, la antigua convergencia cosmología-psicología. El método junguiano, explicitado y reformulado, se presenta como una fenomenología-hermeneútica sui generis que parte del movimiento íntimo de los símbolos y da cuenta del sentido intra y extrapsíquico que así se revela.

Abstract

The Jungian work –encompassing multiple sources, with an innovative nature that stirs the comprehensive scientific and cultural conception valid at the present time– needs to be understood from its own terms. Beyond its apparent hesitation, there is an attempt to recover the epistemological unit of Jungian theory that articulates a conservative scientific approach with an avant-garde proposal creating a revert to the ancient sources. Jungian theory that in this way integrates the ancient knowledge with the modern one, endeavors to outclass the psychology concept valid today by recovering æwith an cosmology-psycho-

logy convergence. The Jungian method –explicit and reformulatedæ is shown as a *sui generis* hermeneutic phenomenology that arises from the intimate movement of symbols and accounts for the intra and extra-psychic meaning thus revealed.

Palabras clave: Psicología Junguiana, Jung, Teorías Psicológicas, Teoría Psicoanalítica, Epistemología fenomenológica.

Key words: Jungian Psychology, Jung, Psychological Theories, Psychoanalytic Theory, Phenomenology, Epistemology.

Introducción

“Méthode, Méthode, que me veux-tu? Tu sais bien
que j’ai mangé du fruit de l’ inconscient”

Jules Laforgue

Numerosos malentendidos, tanto de parte de seguidores como de parte de detractores, enmascaran la obra de Jung. Pese a que varios autores denunciaron –siguiendo la expresión de Ellenberger– la “leyenda freudiana” según la cual Freud, por una parte, “descubrió lo inconsciente” y, por la otra, fue el primero en estudiar científicamente los sueños y la sexualidad e inventó la psicoterapia moderna, tal leyenda perdura, promovida por ciertos freudianos y por la pereza de no pocas historias de la psicología.¹ Redimir tal error no se limita a un acto de justicia al pasado, sino que surge de un compromiso con la verdad. Es innegable la influencia de Freud en Jung, pero es históricamente erróneo concebir la psicología junguiana como un mero retoño –sea desviado o mejorado– del psicoanálisis. La comparación entre ambas teorías y prácticas –tarea también intentada por el propio Jung– puede resultar de gran utilidad, pero si se quiere comprender la teoría junguiana es menester hacerlo, hasta donde sea posible, en sus propios términos.

Sin duda, atenta contra ello la habitual ignorancia de la obra de Jung; en nuestra lengua recién hace pocos años comenzó la edición de la *Obra Completa*, aunque aún no se cuenta –ni siquiera en alemán– con una edición crítica. Por otra parte, ni la *Obra Completa* en su versión original es “completa”, ni su versión inglesa –la más difundida– es impecable.² A ello se agrega, por una parte, la habitual ignorancia de las múltiples fuentes de la

obra junguiana, muchas de las cuales no son meras influencias sino que presentan universos simbólicos que Jung retoma y recrea y, por el otro, el carácter innovador de la teoría junguiana sumado a las imprecisiones terminológicas y a las vacilaciones metodológicas propias del pionero que se debate en la formulación, *in statu nascens*, de una teoría que conmueve los mismos cimientos de la cosmovisión científica y cultural vigentes. En gran medida, algunas vacilaciones y afirmaciones metateóricas discutibles por parte de Jung se deben a que el desarrollo de su teoría tiende a una mayor complejización y no siempre se detiene en una revisión crítica integral de sus conceptos. El mismo Jung admitió, avanzado en edad, que si se le otorgara una segunda etapa de vida, reuniría los *disiecta membra* de su obra e integraría los “comienzos sin continuación” en un todo.^{3, 4}

Y si bien escapa al propósito actual dar cuenta de las numerosas objeciones a la teoría junguiana derivada de tales malentendidos; todas ellas involucran o se derivan directa o indirectamente de problemas epistemológicos⁵ que deben ser reformulados. El actual propósito consiste en anticipar –aunque provisoria y limitadamente– esa tarea.

Una nueva fenomenología de la experiencia

La vida humana se manifiesta no sólo en su acontecer interno y externo, sino en el sentido que en el mismo se revela.⁶ Para Jung sólo un relato simbólico, un “mito” –en este caso individual– entendido como “historia verdadera” puede dar cuenta de tal acontecer y de tal sentido, respetando asimismo su misterio.⁷ La psicología que aspira a describir y comprender tales mitos deberá ser una verdadera “mito-logía” que no ignora sus raíces y que se reconoce a sí misma como un nuevo mito. Jung sostiene en sus memorias que toda su obra se origina en los sueños y en las imaginaciones iniciales que luego intentó comprender y ordenar.⁸ El epistemólogo “ortodoxo” podría considerar tal afirmación sospechosa o, en el mejor de los casos, superflua pues su interés principal consiste en la validación del conocimiento científico (“contexto de la justificación”) y no en el proceso del efectivo pensar que produjo el mismo (“contexto del descubrimiento”).⁹ Sin entrar en el debate epistemológico suscitado por quienes niegan la dicotomía entre

ambos contextos, el método hermeneútico o “fenomenológico-hermeneútico” junguiano, supone no sólo que toda comprensión es autocomprensión, sino que los mismos fenómenos psíquicos abordados manifiestan un sentido que orienta al método. Jung horada esa dimensión humana, fuente de toda comprensión, no sólo acuñando un discurso no reductivo, sino intentando que el mismo permita una recursividad, una vuelta creativa sobre esa dimensión:

La psicología, como una de las múltiples expresiones vitales del alma, trabaja con ideas y conceptos que también se derivan a su vez de estructuras arquetípicas, generando por este motivo sólo un mito un poco abstracto. Así pues, la psicología traduce el lenguaje arcaico del mito a un mitologema moderno, y como tal aún no reconocido, que constituye un elemento del ‘mito’.”¹⁰

En esa circularidad hermeneútica, en rigor “espiralada”,¹¹ la psicología (janguiana) tiene –entre otras– la intención de enseñar a ver:

Es preciso que alguna vez nos demos cuenta de que de nada sirve predicar y alabar la luz cuando nadie puede verla. Más bien sería necesario enseñar a los hombres el arte de ver. (...) Ahora bien, cómo pueda hacerse esto sin psicología, es decir, sin tocar el alma, es algo que, lo confieso abiertamente, no consigo comprender.”¹²

En este sentido, Jung se mantuvo fiel a su condición de “empírico”, pero el desarrollo de su teoría –y, consecuentemente, de su método– fue otorgando a ese término un alcance diverso o, si se quiere, más amplio. Pero esa ampliación de lo empírico conlleva no sólo un cambio de paradigma científico, sino un replanteo implícito del mismo saber científico moderno en su conjunto.¹³ Trátase, en definitiva, de un intento de integración –no siempre evidente y no pocas veces vacilante– del saber antiguo y del moderno; más precisamente de la así llamada “ciencia tradicional” y de la “ciencia moderna”.¹⁴ Entendemos que esta mirada, aunque no se deje de objetar algunas afirmaciones metateóricas de Jung, rescata la esencia misma de la teoría, puede sentar las bases de un orden que parece faltarle en su formulación actual e invita, acaso, a su ulterior desarrollo. No es casual que en *Jung and the Making of Modern Psychology. The Dream of A Science*, una obra bien documentada, su autor,

Sonu Shamdasani, luego de señalar que no es claro hasta qué punto Jung mismo estaba satisfecho con su intento de demostrar que los postulados de su psicología satisfacen los requisitos de las ciencias físicas, agregue:

Por el momento, basta indicar que la gran analogía que principalmente ocupó a Jung durante las décadas siguientes no fue entre ciencias modernas y psicología, sino entre psicología y alquimia, y su intento de establecer una conformidad entre su psicología y las ciencias modernas fue el precursor de su empeño alquímico.¹⁵

Sin duda, los saberes tradicionales interesaron a Jung no sólo porque proporcionan material espontáneo, “mítico” de la psique arcaica, sino porque en no pocas ocasiones –tal el caso de la alquimia antes– presentan un conocimiento en algún sentido “sistemático”, una verdadera “teoría” y una “praxis” soslayada por la ciencia moderna.¹⁶ El carácter “empírico” de la aproximación junguiana consiste en dar cuenta de esta dimensión profunda, casi inasible, de la experiencia humana, en términos aceptables para la ciencia moderna. Pero si entre las teorías científicas modernas y sus praxis (las “técnicas”) se abren brechas peligrosas que obligan a replanteos éticos permanentes, porque éstos no surgen del mismo conocimiento científico sino que se adhieren a él como parches paliativos imprescindibles pero en definitiva externos, disociados; el saber de sabiduría no está disociado del ejercicio de virtudes que le son propias.¹⁷ De allí que en este caso es impensable un investigador no comprometido ética y espiritualmente con el “objeto” y, por ello, el mismo ha de estar no sólo movido por un anhelo de verdad, sino también por un anhelo de bien que no cede ante las inevitables oscuridades del alma. El conocimiento adecuado de lo inconsciente puede no ser la clave última de la sabiduría, pero acaso sea el camino hacia ella desde la aproximación limitada pero comprometida de una concepción ampliada de la ciencia. El siguiente texto de Jung puede orientarnos:

¿Acaso entendemos alguna vez lo que pensamos? Únicamente entendemos el pensamiento que no es más que una ecuación, de la que nunca sale más de lo que hayamos metido en ella. Ése es el intelecto. Pero más allá de él existe un pensamiento en imágenes primigenias, en símbolos que son más antiguos que el hombre histórico, innatos a él desde tiempos inmemoriales, supervivientes a todas las generaciones, eternamente vivos, que colman el

trasfondo de nuestras almas. Una vida plena sólo es posible si se establece un acuerdo con ellos; la sabiduría consiste en regresar a ellos. En realidad, no se trata ni de fe ni de conocimiento, sino de la concordancia de nuestro pensamiento con las imágenes primigenias de nuestro inconsciente, que son las madres inimaginables de ese pensamiento que a su vez remueve nuestra consciencia.¹⁸

El abordaje que aquí hacemos del desarrollo del método junguiano debe comenzar con una ampliación de lo empírico habitualmente soslayada por los comentaristas.¹⁹ Basta mencionar a modo de ejemplo un par de estudios epistemológicos junguianos o pro-junguianos meritorios pero reductivos. Por ejemplo, Walter Shelburne, quien con razón pretende hallar una vía media entre, por una parte, aquellos críticos que desacreditan a Jung y lo desprecian y, por la otra, aquellos entusiastas que lo exponen acríticamente, se limita a realizar una reconstrucción “naturalista”. El mismo autor anuncia que prefiere realizar una aproximación más conservadora, aunque en efecto “... se corten de la teoría sus aspectos progresivos donde Jung estaba comenzando a ir a tientas hacia una nueva visión de la realidad trascendiendo el alcance limitado del método científico.”²⁰ Su recorrido nos deja un magro botín; pues el estatuto científico de la teoría junguiana reconstruida se ve en última instancia garantizado por su compatibilidad con la biología evolucionista moderna. Y si bien, por una parte, Jung consideraba que la división tajante entre biología y psicología es falsa porque existe una cierta integración entre el “instinto” (más relacionado con la primera), y el “arquetipo”, (más relacionado con la segunda); el desarrollo de teorías biológicas inspiradas en la psicología analítica o convergentes con ella —en la medida en que se mantengan dentro de una cierta “ortodoxia” científica—, inevitablemente reducen el complejo “instinto-arquetipo” a una mera estructura de comportamiento primordialmente adaptativo-social, si se quiere “instintiva”, aunque se mencione la intervención de “imágenes simbólicas *numinosas*”.²¹ La teoría junguiana de los arquetipos se ha rescatado aquí a costa de la exclusión de su aporte más relevante que consiste en que el arquetipo hace presente un *sentido* potente, *numinoso*, que retoma y co-crea el yo y que tiende a una integración de la personalidad total.

Otra serie de autores, entre ellos el mismo Brooke que analizamos más abajo, intentan sentar las bases de una suerte de “psicología analítica feno-

menológica” y, con ello, re-interpretar la teoría junguiana para así sentarla sobre bases más sólidas. Es indudable que sus aportes son valiosos, al menos en punto a la reconstrucción del método fenomenológico junguiano, tal como puede apreciarse en este mismo artículo. Sin embargo, su lectura es a nuestro juicio también reductiva –aunque lo sea en menor grado– porque comprende y articula la obra junguiana a la luz de la fenomenología existencial, básicamente desde la perspectiva de Merleau-Ponty (1945).²² Escapa a nuestro objetivo actual detenernos en esta propuesta. Basta señalar que, aunque algunas cuestiones puedan recrearse con esa articulación, es incompatible con la teoría junguiana la negación del hombre interior por parte de Merleau Ponty y el mismo concepto de “conciencia-cuerpo”. Robert Romanyshyn (2000),²³ aunque de esa orientación, reconoce acertadamente que sobre todo en sus trabajos sobre alquimia y en su abordaje del tema de la sincronicidad –en donde se da cuenta de una relación previa a la separación sujeto y objeto–, Jung amplió su psicología hasta transformarla en cosmología.²⁴ Allí Jung habría recuperado el mundo que en una psicología de la interioridad permanecería disociado. Sin embargo, la interioridad junguiana, al menos en su formulación madura, no es mero subjetivismo y no se encuentra restringida al modelo cartesiano o galileano como se pretende. Sin duda, por tratarse de una teoría psicológica que inicialmente dirige su atención al estudio de los fenómenos inconscientes, la “recuperación” del cuerpo y del mundo se realiza a partir de los mismos. El cuerpo se rescata desde el concepto de “cuerpo imaginal”,²⁵ es decir, desde un cuerpo asumido por la psique en el contexto de una cosmología, no relativa a un universo reducido a una trama de leyes físicas, sino a un *kosmos*, a mundo arquetípico.

En los comentarios del propio Jung a las cuestiones epistemológicas, encontramos una cierta vacilación entre una aproximación científica conservadora, que intenta congraciarse con la concepción vigente de ciencia y una aproximación más generosa y osada que opera como una vanguardia del saber mediante un retorno a las fuentes antiguas. Aunque no es el objetivo de la presente obra un estudio de las fuentes junguianas, no hay duda de la raíz romántica de su concepto de lo inconsciente y de la influencia de la *Natürphilosophie*, particularmente del propio Goethe. Un ejemplo de la mencionada vacilación la hallamos en la evaluación de su deuda con ro-

mánticos y post-románticos, que reconoce, aunque quizás con el resquemor de no ser considerado “científico”. Basta un ejemplo para ilustrarlo: en un mismo año (1935) encontramos dos referencias contradictorias al respecto que provienen de la pluma del propio Jung. La primera se encuentra en el “Prólogo” a una obra en donde su autora señala que la psicología de Jung es romántica; ante ello Jung “se distancia” del romanticismo y afirma lapidariamente: “Nunca supe hasta ahora que mi psicología es ‘romántica’.”²⁶ En la segunda referencia, en cambio, leemos:

El paralelismo con mis suficientes concepciones psicológicas es una justificación para llamarlas ‘románticas’. Una indagación similar en sus antecedentes filosóficos también justificaría tal epíteto, pues toda psicología que toma la psique como ‘experiencia’ es, desde el punto de vista histórico tanto ‘romántica’ cuanto ‘alquímica’. Por debajo del nivel de la experiencia, sin embargo, mi psicología es científica y racionalista, un hecho que rogaría al lector que no olvide.²⁷

Es obvio que el problema consistirá en dar cuenta adecuada de un modelo teórico que pueda conciliar una y otra perspectiva. ¿Cómo lograr que esa psicología que está “por debajo de la experiencia” no traicione o reduzca la “experiencia” sin dejar por ello de ser “científica”? En otras palabras: ¿Cómo evitar los extremos de, por un lado, un cientificismo riguroso pero vacío y, por el otro, de una mítica fabulosa y vana que alcanza sus formulaciones más desdichadas con la *New Age*? Tal es el intento siempre pionero y a veces vacilante de Jung que no se limita a dar cuenta de la experiencia banal, ya conocida, ya filtrada por los hábitos desgastados de nuestra cosmovisión mediática, sino que aspira a comprender las experiencias radicales propias del desarrollo del alma de humana.²⁸ Tales experiencias, múltiples y, a la vez, unitarias, son comprendidas por las diversas tradiciones espirituales de modo en parte convergente y en parte divergente. En todos los casos se intenta comprender al hombre no desde lo que es o, mejor dicho, desde “lo que está siendo”, sino desde lo que puede llegar a ser a partir de lo que aparentemente “está siendo”. Por ello, la teoría junguiana, isomorfa a esa tensión entre lo que aparentemente “está siendo” y lo que puede llegar a ser, se propone recorrer el hilo que conecta el abordaje –en sentido restringido– “psicológico”, inicial, limitadamente empírico, de la psique y su despliegue en lo sagrado abierto a lo metafísico. Para lograrlo la teoría junguiana se

constituye en una fenomenología de la experiencia humana, que sólo inicialmente es “psicológica” en sentido restringido; pero esta fenomenología deja de ser mero “método” para constituirse en orientación ontológica.

Hacia una fenomenología-hermeneútica sui generis

Desde esta mirada, nuestro propósito consiste en una aproximación crítica al método junguiano o de “los” métodos junguianos, pues la evolución de su teoría obligó a Jung a reiterados replanteos epistemológicos, que no siempre integraron unitariamente la diversidad de sus propuestas metodológicas. Intentaremos demostrar que, más allá de esta diversidad y de no pocas oscilaciones y vacilaciones en este sentido, existe una coherencia metodológica subyacente a la teoría junguiana y, a la vez, una coherencia en la evolución metodológica que se compadece con la evolución de la teoría como un todo.

Como podrá sugerirse, esta fenomenología hermeneútica junguiana desemboca en el movimiento íntimo de los símbolos y su explicitación a partir de una articulación la propuesta hermeneútica de Ricoeur, permite descubrir que la primera reclama –más allá de su planteo explícito– objetividades extrapsíquicas y, acaso, metaempíricas. Por cierto, ello en gran medida se enlaza y se completa con el concepto de sincronicidad. A partir de este último concepto la propia teoría junguiana –contra sus recaudos iniciales– no sólo excede los límites de la ciencia psicológica (contemporánea), sino también los de toda ciencia empírica o, al menos, se ubica esta vez explícitamente en una zona limítrofe a la metafísica. La psicología se torna cosmología, retornando así a su sentido original, antiguo.²⁹ La propia hermeneútica de Ricoeur –o al menos el desarrollo explícito de la misma– se verá en ese estadio insuficiente. En este ámbito se retoma la dimensión ontológica o, más aún, metafísica de la hermeneútica, tal como fue recuperada a partir de las antiguas tradiciones.

A lo largo de la extensa obra junguiana hallamos numerosas consideraciones metodológicas, incluso algunos trabajos dedicados exclusivamente a esta problemática, pero no así una elaboración que de cuenta completa y definitiva de los fundamentos epistemológicos de su teoría. Jung era consciente, sin

embargo, que sus investigaciones abrían un campo fenoménico novedoso, que requería permanentes revisiones metodológicas. Pero quizás Jung no fue consciente del todo de que las revisiones metodológicas seguían paralelamente el surgimiento y los desarrollos de la fenomenología y de la hermeneútica.³⁰

Jung era un hombre de ciencia, no un epistemólogo, que en principio utilizaba aquello que lisa y llanamente denominaba como todo científico de su época el “método empírico”,³¹ es decir, el establecimiento de hipótesis científicas partiendo de la descripción de las realidades observadas. Pero, dada la naturaleza de los fenómenos investigados, el método empírico utilizado por Jung no podía ser experimental. Jung se abocó a la experimentación en sus investigaciones sobre la asociación que tempranamente le hicieron ganar reputación en el medio científico,³² pero consideraba que la experimentación era insuficiente y hasta inconveniente para el estudio del objeto de la psicología, comprendida como el estudio de la psique en su totalidad. Ya tempranamente escribió: “Por lo tanto todo aquel que quiere conocer la psique humana aprenderá casi nada de la psicología experimental.”³³ Sin embargo, como se dijo, esto no sólo se debe a una cuestión de utilidad, sino también de inconveniencia; un texto tardío, de 1951 así lo expresa claramente: “Además, el experimento impone a la naturaleza unas condiciones restrictivas, pues pretende provocar respuestas a las preguntas planteadas por el hombre: Cada respuesta de la naturaleza está, pues, condicionada por el tipo de planteamiento, y el resultado constituye un resultado mixto.”³⁴ Cada experimento se concibe con el fin de plantear una pregunta bien definida y, con este propósito, elimina tanto como sea posible, todo elemento perturbador e inútil. Dicta sus condiciones, las impone a la naturaleza y le permite, de esta manera, dar una respuesta a la pregunta que hace el experimentador. Obrando así se excluye, en forma deliberada y cuidadosa, el libre juego de la naturaleza en la plenitud de sus virtualidades.

Jung reconoció el condicionamiento subjetivo de una aproximación científica de esta índole, por ello al hombre de ciencia le cabe el deber de hacer explícitas, hasta donde sea posible, sus ideas preconcebidas. Como apunta Hostie, para el autor aquí considerado, al igual que para J. Marechal las ideas preconcebidas no pueden evitarse y, por ello, no debe simularse que no se las tiene.³⁵ Muchas de las acusaciones referidas a su supuesto subjetivo-

vismo o a que algunas de sus afirmaciones transgreden los límites de la ciencia empírica se resolverían si se tuviera en cuenta este punto de partida. Tal es el caso del psicólogo suizo Heinrich Balmer, quien acusa injustamente a Jung de subjetivismo cuando afirma que “las reglas psicológicas” de Jung no son “más que reglas personales, determinadas por la concepción del mundo que preexiste en él”, pues nuestro autor, consciente de que éste es un condicionamiento relativo pero a la vez ineludible, dedicó en 1927 una conferencia al reconocimiento de que inevitablemente se parte siempre de una disposición (*Einstellung*) que condiciona y orienta toda investigación y de la cual la propia psicología analítica da cuenta (aunque, obviamente, lo haga a su vez a partir de sus supuestos) al proponer una diversidad de tipos disposicionales humanos.³⁶

En las publicaciones de los años 1906 y 1907, Jung utilizaba, como casi todos los hombres de ciencia de su época, el método causal-mecanicista que Freud aplicaba a su teoría psicoanalítica.³⁷ Se trataba, entonces, de determinar las ocurrencias del pasado que habían causado determinada enfermedad, pues, como es sabido, desde un primer momento Freud advirtió la verdadera causa de la enfermedad psíquica en las vivencias reprimidas de la infancia. Frey-Rohn considera que fue la observación del significado premonitorio de los sueños, lo que ya en 1912 indujo a Jung a distanciarse de este método causal, que calificó de ‘reductivo’ (*reduktiv*) y a fundamentar su punto de vista prospectivo - o más precisamente su método constructivo (*die konstruktive Methode*): “El punto de vista constructivo pregunta cómo, a partir de esta psique actual, puede construirse un puente en su propio futuro.”³⁸ El punto de vista causal así entendido era para Jung ‘reductivo’ por cuanto remite a lo arcaico, a lo regresivo que en definitiva es disolvente. Es una “comprensión hacia atrás” frente a la “comprensión hacia adelante” por él propuesta.³⁹ De alguna manera esto anticipa las críticas de Bachelard a Freud que pueden resumirse con ésta su lapidaria metáfora: “Explica la flor por el abono.”⁴⁰ Desde el punto de vista clínico y desde el punto de vista antropológico, esto es de capital importancia pues, mientras la visión causal - reductiva persigue la perturbación, la visión constructiva tiene como principal propósito la situación actual y la solución del “conflicto presente” Pero este método así planteado, todavía no pone en evidencia su verdadero alcance que, como veremos, es el estudio de la personalidad total.⁴¹

Más tarde, en el glosario agregado a *Tipos Psicológicos*, Jung afirmó que utilizaba el término ‘constructivo’ (Konstruktiv) como aclaración del término “sintético”, para designar un método opuesto al reductivo: “El punto del que parte el método constructivo es el producto inconsciente en cuanto expresión simbólica que presenta por anticipado un fragmento de desarrollo psicológico.”⁴² Es interesante señalar que, como ejemplo de aplicación de este método cita en nota a *Zur Psychologie und Pathologie sogenannter okkulter Phänomene*, su *opera prima* de 1902,⁴³ muy anterior a su conocimiento personal de Freud, todo lo cual indica que, de alguna manera, Jung utilizaba inicialmente este método aunque no lo hiciera aún de modo explícito y sistemático. Jung tomó el concepto, anticipado por Maeder respecto de la existencia de “...una auténtica *función prospectiva* de lo inconsciente que anticipa el futuro del desarrollo psicológico”.⁴⁴ Aunque, como el mismo Jung advirtió, Freud atribuía cierto finalismo a los “guardianes del dormir”, la función prospectiva se limitaba en este autor a los “deseos” que, podríamos agregar nosotros, por otra parte se explican reductivamente a partir de una economía libidinal regresiva: “El propósito del método constructivo es, por lo tanto –afirma Jung–, establecer un sentido del producto inconsciente en relación a la futura actitud del sujeto.”⁴⁵ Este “método constructivo” se articulará luego con la “amplificación”, en definitiva, con un método hermeneútico que intenta dar cuenta de ese sentido.

Pero a nuestro entender, el antecedente teórico de todo esto ya lo hallamos en la primera edición de 1912 de la obra que posteriormente llevó el título de “Símbolos de transformación”,⁴⁶ en donde Jung introdujo su concepto de libido, que luego denominó “energía psíquica”. Escapa a nuestros propósitos actuales el desarrollo de este concepto, pero cabe señalar que, de acuerdo con el mismo, la libido, aunque única, manifiesta una dinámica tanto regresiva cuanto progresiva. Esta última propiedad le permite a Jung dar cuenta de los procesos constructivos de la psique, a partir de la formación de símbolos y sus transformaciones, lo cual irá dando un sesgo particular a su método.

Numerosas objeciones, en particular de parte de la corriente freudiana, obligaron a Jung por una parte a insistir que no descalificaba al método causal-reductivo y, por la otra, a defender mediante una consideración teórica más detallada su concepción energética-finalista.

Así, ya en 1917, en respuesta a una resección crítica a sus *Collected Papers on Analytical Psychology*, publicados el año anterior, Jung escribe:

Este crítico se escandaliza por mi herejía respecto a la causalidad. Cree que emprendo un rumbo peligroso, por acientífico, cuando cuestiono la validez exclusiva de la concepción causal en psicología. Entiendo esta inquietud, pero, en mi opinión, la naturaleza del alma humana nos impone el punto de vista finalista. Hablando psicológicamente, vivimos y trabajamos cotidianamente de acuerdo con metas o propósitos tanto como en función de la causalidad. Una teoría psicológica también debe contar con ello: no puede explicar de modo exclusivamente causal algo que está ordenado a fines; en otro caso se acaba llegando al famoso postulado de Moleschott: ‘El hombre es aquello que come’ Debemos mantener constantemente a la vista que *la causalidad es un punto de vista*. Postula una relación necesaria y fija de una serie de acontecimientos: a-b-c-z. Puesto que tal relación es fija, de acuerdo con ese punto de vista la serie puede invertirse en esta otra constelación: *la finalidad es también un punto de vista*, justificado de modo puramente empírico porque hay series de acontecimientos cuya asociación causal es de hecho evidente, *pero cuyo sentido sólo es inteligible por el efecto final*.⁴⁷

El modelo al que recurre es el de la física, con sus criterios de lo reversible e irreversible:

Efectivamente, también la física moderna ha tenido que desistir del puro mecanicismo y adoptar el concepto finalista de la conservación de la energía, puesto que la explicación mecanicista sólo reconoce procesos reversibles, mientras que los procesos naturales reales son incuestionablemente irreversibles. Este hecho llevó a conceptualizar la energía como una tendencia a la estabilización de la tensión, es decir, precisamente un estado final determinado.⁴⁸

Puede notarse en los textos antes citados una oscilación en la consideración del concepto de finalismo. El modelo físico nos presenta un finalismo consecuencia de un gradiente de energía mientras que, en el plano psíquico-humano –aún prescindiendo de toda consideración teleológica metafísica– la finalidad adquiere el significado de “sentido” que el sujeto pone en sus actos voluntarios, intencionales y que dirige su conducta, o que descubre en la misma dinámica inconsciente psíquica.

En 1928, Jung publica “Sobre la energética del alma” donde, a raíz de las tergiversaciones y rechazos de su concepto de libido se ve obligado a volver sobre consideraciones metodológicas, apoyándose para ello en que “...los acontecimientos físicos pueden ser contemplados desde dos puntos de vista: el *mecanicista* y el *energético*.”⁴⁹ Su fuente no es sólo la física, sino los trabajos de Wilhelm Wundt relacionados con los fundamentos fisiológicos de la psicología.⁵⁰ Ahora bien: “La visión mecanicista es puramente causal y concibe el acontecimiento como consecuencia de una causa, de tal manera que las sustancias invariables cambian sus relaciones mutuas en virtud de unas leyes fijas. La visión energética, por el contrario, es esencialmente finalista y concibe el acontecimiento partiendo de la consecuencia hacia la causa ...” Esta visión supone que algún tipo de energía subyace los cambios fenoménicos y el desarrollo energético pues “... tiene una dirección determinada (un objetivo), ya que obedece invariablemente (irreversiblemente) a la caída del potencial.”⁵¹ Por tratarse de un concepto abstraído de las relaciones de movimiento y de una meta que no presupone la idea de una anticipación, Jung aceptó que a este punto de vista se lo denomine “finalista” pero no así “teleológico” como hizo Wundt. Ambos puntos de vista tienen valor explicativo, son recíprocos y excluyentes, admite Jung siguiendo a Wundt: “La diferencia entre la concepción teleológica y la causal no es una diferencia objetiva que divida los contenidos de la experiencia en dos ámbitos dispares, sino que las dos concepciones sólo son diferentes desde el punto de vista formal, de tal manera que a toda relación finalista le corresponde como complemento una vinculación causal, del mismo modo que, a la inversa, toda relación causal puede adoptar, en caso necesario, una forma teleológica.”⁵² Por ello, siguiendo a Wundt –aunque sin compartir su argumentación–, Jung se opuso a una tercera concepción mecanicista-energética, según la cual: “Las causas finales y las causas mecanicistas se excluyen entre sí, porque una función unívoca no puede ser al mismo tiempo equívoca.”⁵³ La serie causal es para Wundt biarticulada y unívoca (consta de la causa M y el efecto E), mientras que la serie final es triarticulada y plurívoca (postulación de un objetivo A, medio M, realización del objetivo E). Jung aceptó el carácter excluyente de ambos puntos de vista pero objetó esta última construcción de la serie final que, por una parte, contradice el carácter recíproco de ambos puntos de vista, admitido por el propio Wundt y, por el otro, otorga erróneamente al punto de vista final la condición de

“causa”, engendrándose así “...un concepto híbrido surgido de la mezcla de consideraciones causalistas y finalistas.”⁵⁴ En efecto, así planteada, la serie final no sería lo que es; la misma serie M-E vista en sentido inverso a la serie causal y, por lo tanto, sin postulación de un objetivo. Dicho sea de paso, sobre este punto de vista energético-finalista, no teleológico, relacional y abstracto se basa la concepción cuantitativa de la libido. Sin embargo, paralelamente, en otros textos junguianos se encuentra, desde un enfoque que puede denominarse “hermeneútico”, asentado en el método constructivo antes consignado, un finalismo teleológico. Podemos anticipar asimismo que esta disparidad, que fue evaluada de muy diversas maneras por la crítica especializada, aunque pueda verse, sobre todo inicialmente, como una vacilación metodológica, a nuestro entender responde a dos vertientes metodológicas que confluyen, complementándose entre sí en el último período.

Para retomar debidamente esta problemática, analizaremos primero el sentido que Jung hace de los términos “fenomenología” o “fenomenológico” para calificar con frecuencia a su método. Muchos comentaristas aceptarían con Baudouin “...que Jung utiliza a menudo el término fenomenología para decir simplemente empirismo”, aunque no deba confundirse con un empirismo filosófico.⁵⁵ Pero, como se ha visto, y como el mismo Baudouin admite, el empirismo junguiano no es “simplemente empirismo”. Por otra parte, este problema se enmarca dentro del desarrollo casi paralelo de las corrientes fenomenológicas y de las de la psicología de la profundidad y de sus frecuentes desentendimientos. Excede al propósito actual ocuparse de ese problema desde un punto de vista general, pero cabe mencionar que, aquello que A.de Waelhens reconoce en el psicoanálisis⁵⁶ aparece más certeramente en la psicología junguiana, a saber, una verdadera *intención* fenomenológica, aunque condicionada por la utilización de un vocabulario poco adecuado, correspondiente a una situación de la ciencia que ella misma pretendía superar. Es nuestra intención ocuparnos de este problema en la obra junguiana, definir los alcances de la utilización del término “fenomenología” más allá de las propias formulaciones de Jung y determinar cómo se articula con el denominado método empírico no experimental, el punto de vista energético-finalista y la orientación hermeneútica.

Una aproximación más cuidadosa o, si se quiere, *crítica* a los textos junguianos, revela más de una afinidad con el método fenomenológico, lo cual –como se señaló más arriba– ya ha sido estudiado, particularmente desde su vertiente existencial.

En efecto, frente a críticas como las de Boss (1982)⁵⁷ que ubican equivocadamente al método junguiano dentro de la misma vertiente que la freudiana, algunas voces como la de Lauri Rauhala (1984) se alzaron en contrario:

Hasta un conocimiento superficial del pensamiento de Jung da fundamentos para suponer que un análisis fenomenológico existencial se aplicaría con más provecho a sus puntos de vista que al psicoanálisis freudiano, limitado como está en alguna medida a la tradición científica natural de investigación.⁵⁸

Es Roger Brooke quien tiene el mérito de haber intentado evaluar hasta qué punto puede hablarse de fenomenología en la obra junguiana, con independencia de las afirmaciones metateóricas del propio Jung, saldando así un doble vacío-denunciado por Carafides-⁵⁹ tanto de parte de fenomenólogos cuanto de psicólogos junguianos, con excepción de los valiosos –aunque restringidos– aportes de Rauhala (1984) y Hobson (1980).⁶⁰

Más allá de la aproximación que algunos autores realizaron de Freud, como es el caso de Bettelheim (1983)⁶¹ o del propio Ricoeur (1965),⁶² quienes lo releen críticamente reformulándolo más allá de su positivismo; una primera afinidad de Jung respecto del método fenomenológico, surge a partir de las críticas junguianas a Freud:⁶³

- a) Incapacidad para comprender la realidad corpórea en términos del ser humano total.
- b) Determinismo y búsqueda de causas históricas con total prescindencia del contexto presente y de la condición “futuriza” del hombre.
- c) Metapsicología cuasi-fisiológica
- d) Aceptación acrítica de los supuestos de la ciencia natural decimonónica.
- e) Prescindencia del sentimiento y la imaginación como vías de acceso a la realidad.
- f) Prescindencia de sus propios condicionamientos culturales e históricos.

- g) Prescendencia de la importancia de la intersubjetividad en la constitución del espacio humano en general y del espacio terapéutico en particular.

Brooke realiza su análisis del método junguiano a la luz de la fenomenología según la formulación de Merleau Ponty (1945), intentando determinar en qué medida aparecen en Jung sus cuatro características fundamentales: descripción, reducción fenomenológica, reducción eidética e intencionalidad. Realizaremos una aproximación crítica a los análisis de este autor, siguiéndolo en los puntos centrales de su recorrido y dando por sentado los conceptos sobre los cuales se apoya.

Con relación a la “descripción”, puede afirmarse que en Jung hallamos una obsesión por lo concreto, que no se confunde con la del positivista sino que se aproxima a la del fenomenólogo cuya descripción se ciñe a un retorno reiterado al fenómeno en sí mismo para que se muestre con mayor profundidad, riqueza y sutileza. Cuando Jung denomina a su método “fenomenología” esta defendiendo una aproximación descriptiva que evita los supuestos filosóficos decimonónicos y el reduccionismo psicoanalítico. Aunque en principio la utilización del término “fenomenología”, tal como aparece, por ejemplo, en “Psicología y religión” (1938/40) parece limitarse a una “mera clasificación de experiencias”,⁶⁴ al evitar explícitamente consideraciones a priori o ajenas al fenómeno, Jung intentó que los fenómenos psíquicos (imágenes, conductas, vivencias), sean descriptos en sus propios términos, sin la interferencia de explicación previa alguna. Precisamente en un trabajo de 1941 Jung hizo referencia a la necesidad de respetar el “punto de vista puramente fenomenológico”, para advertir contra el peligro de las explicaciones prematuras que no dan debida cuenta del fenómeno pues se anticipan a él.⁶⁵

BIBLIOGRAFÍA

- ASTI VERA, A. (1967). *Fundamentos de filosofía de la ciencia*. Buenos Aires: Nova.
- BACHELARD, G. (1972). *La Poétique de l'espace*. Paris: P.U.F.
- BAUDOIN, C. (1963). *L'oeuvre de Jung et la psychologie complexe*. Paris: Payot.
- BETTELHEIM, B. (1983). *Freud and Man's Soul*. London: Chatto and Windus.
- BOSS, M. (1982). *Psychoanalysis und Daseinanalysis*. New York: Da Capo.
- BROOKE, R. (1991). *Jung and Phenomenology*. London: Routledge.
- CARAFIDES, J. (1974). H. Spielberg on the phenomenology of C. G. Jung. *Journal of Phenomenological Psychology*, 5,1, 75-80.
- CASEY, E. (1987). Jung and the postmodern condition. *Spring*, 100-5.
- COHEN, E. (1976). *C.G. Jung and the scientific attitude*. Littlefield. Towota, New Jersey: Adams and Co.
- DRY, A. (1961). *The Psychology of Jung: a Critical Interpretation*, London: Methuen & Co.
- ECHEVERRÍA, J. (1998). *Filosofía de la ciencia*, Madrid, Akal.
- (1983). *Imágenes y símbolos*. Madrid: Taurus.
- (1978). *Mito y realidad*. Barcelona: Labor.
- FREUD, S. (1972). *Obras completas*, Madrid: Biblioteca Nueva. (8 vols.).
- FREY-ROHN, L. (1991), *De Freud a Jung*, México, FCE, Colección de Psicología, Psiquiatría y Psicoanálisis.
- GLOVER, E. (1950). *Freud or Jung?* London: Allen and Unwin Ltd.
- HOBSON, R. (1971). "The archetypes of the collective unconscious", en FORDHAM, R. Gordon, J. Hubback, K. Lambert, M. Williams (eds), *Analytical Psychology: a Modern Science*, Academic Press, London, 66-75.
- HOMANS, P. (1982). *Jung. La Costruzione di una Psicologia*. Roma: Casa Editrice Astrolabio.
- HOSTIE, R. (1955). Du mythe a la religion dans la psychologie analytique de C. G. Jung (Trad. Cast. Pyró, M. A.), *Del mito a la Religión*. Buenos Aires: Amorrortu, 1971.
- JUNG, C. G. (1995). *Die Gesammelten Werke von C. G. Jung*. Herausgegeben von Marianne Niehus-Jung, Lena Hurwitz Eisner, Franz Riklin, Lilly Jung-Merker und Elisabeth Rűf. Düsseldorf: Walter, 20 vols.

- (1967-1978). *The Collected Works of C.G.Jung*. Edited by Herbert Read, Michael Fordham and Gerhard Adler, executive editor (from 1967), William McGuire. Translated by R.F.C. Hull except volume II. Princeton New Jersey: Princeton University Press, (Bollingen Series XX) 20 vols.
- (1962). *Erinnerungen, Träume, Gedanken*, Zürich und Stuttgart, Rascher Verlag.
- (1981). *Recuerdos, Sueños, Pensamientos*, Barcelona, Caracas, México, Ed. Seix Barral.
- (1973). *Letters*, vol I: 1906-1950, London, Routledge & Kegan Paul.
- (1994). *Tipos Psicológicos*, Trad. A.S.Pascual. Barcelona, Sudamericana.
- MAILLARD, C. (1984). La psychologie de Jung. Esquisse d'une réflexion épistemologique, en Cazenave, Michel (ed), *Carl Jung*, Paris, L'Herne.
- MALINOWSKI, B. (1974). *Magia, ciencia y religión*. Barcelona: Ariel.
- MERLEAU PONTY, M. (1945). *Phénoménologie de la perception*. Paris: Gallimard.
- NANTE, B. (1992). Una aproximación filosófica a Jung, *Signos Universitarios* Año XI Número XI, Revista de la Universidad del Salvador.
- NANTE, B. (1999-2000). Imaginación y cuerpo sutil en el proceso de individuación, *Página del Sur*, nr. 2- Primavera-Verano.
- (2003). Una aproximación filosófica a los valores subyacentes del proyecto científico, en Cesarín, S. (coord.) *Ética y economía globalizada: solidaridad y redes sociales*, Buenos Aires, Universidad del Salvador – Federación internacional de universidades católicas, 65-90.
- (1998). “Jung y la curación del alma en las tradiciones antiguas” en *Páginas del Sur*, Buenos Aires, Ediciones El Francotirador.
- (2005). El abismo de Dios en la psicología, en Pinkler, Leandro (comp.), *La religión en la época de la muerte de Dios*, Buenos Aires, Marea, 205-217.
- PETTAZZONI, R. (1948). *Miti e leggende*, Torino, vol 1.
- RAUHALA, L. (1969). *Intentionality and the problem of the unconscious*. Turku: Turum Yliopisto.
- RAUHALA, L. (1984). The basic views of C.G. Jung, en R. Papadopoulos and G.Saayman (eds.). *Jung in Modern Perspective*. Craighall: Donker.
- REICHEMBACH, H. (1938). *Experience and Prediction*. Chicago: Chicago University Press.
- RICOEUR, P. (1965), *De l'interprétation. Essai sur Freud*. Paris: Ed. du Seuil.
- (1969), *Le conflit des interprétations. Essais d'herméneutique*. Paris: Ed. du Seuil.
- ROMANYSHYN, R. (2000). Alchemy and the subtle body of metaphor. Soul and

Cosmos, en Brooke, Roger, *Pathways into Jungian World. Phenomenology and Analytical Psychology*. London & New Yor: Routledge.

SHAMDASANI, S. (2003). *Jung and the Making of Modern Psychology. The Dream of a Science*. Cambridge: Cambridge Univ. Press, Phénoménologie et Sciences de l' homme. Vers un nouvel esprit scientifique. Louvain – Paris: Publications universitaires de Louvain.

Notas

¹ “Método, Método, ¿qué quieres de mí? Sabes bien que he comido del fruto de lo inconsciente”.

² Cfr. ELLENBERGER, H.(1970) *The Discovery of the Unconscious: The History and Evolution of Dynamic Psychiatry*, New York, Basic Books, passim y SHAMDASANI, Sonu (2004) *Jung and the Making of Modern Psychology*, Cambridge, Cambridge University Press, 2004, ps. 11-13.

³ Cfr. SHAMDASANI, Sonu, *The incomplete works of Jung*, en Op. cit., ps. 22-26. La meritoria labor de publicación de la *Obra Completa*, Madrid, Trotta, 1999 en adelante, aún se encuentra en curso y sigue a JUNG, C.G., (1995) *Die Gesammelten Werke von C.G.Jung*. Herausgegeben von Marianne Niehus-Jung, Lena Hurwitz Eisner, Franz Riklin, Lilly Jung-Merker und Elisabeth Rűf. Düsseldorf: Walter, 20 vols. (Téngase en cuenta que a ello deben agregarse seminarios, epistolario, autobiografía y entrevistas). En este artículo utilizamos tanto la versión española que citamos con la sigla *OC* y a continuación el número del volumen, obra, párrafo o, en su defecto, la edición alemana que indicamos con la sigla *GW*. En este último caso, de no mediar indicación alguna, brindamos nuestra traducción. (Las citas de la versión inglesa, provienen de Jung, C.G. (1967-1978) *The Collected Works of C.G.Jung*. Edited by Herbert Read, Michael Fordham and Gerhard Adler, executive editor from 1967, William McGuire. Translated by R.F.C. Hull except volume II. Princeton New Jersey: Princeton University Press, Bollingen Series XX, 20 vols. lo indicamos con la sigla *CW*.)

⁴ Cfr. *GW* 18/2 #1234, p. 556.

⁵ Los innumerables malentendidos originaron gran cantidad de objeciones que en su mayoría podrían reunirse en dos grupos; en primer lugar, aquellas relacionadas con su supuesto psicologismo que, por una parte, lo harían transgredir ilegitimamente las fronteras de la ciencia empírica y, por la otra, lo harían caer en una suerte de panspiquismo que reduce toda realidad extrapsíquica (humana, natural, y hasta divina) a un mero epifenómeno psíquico o, más aún –para algunos críticos extremos–, a meros impulsos inconscientes. En segundo lugar, objeciones opuestas a las anteriores, referidas a su supuesto “espiritualis-

mo” que vería equivocadamente (*sic*) la presencia del espíritu en procesos psíquicos que en definitiva son naturales como puede ser por ejemplo, la libido sexual.

⁶ El concepto de sentido (*Sinn*) presenta diversas variantes a lo largo de la obra junguiana, “... pero el sentido es un algo espiritual” (Sinn aber ist ein geistiges Etwas Cfr. JUNG, C.G. (1995) *Über die Beziehung der Psychotherapie zur Seelsorge* en *GW* 11, 7 # 494, p.339). Si se trabaja en psicología se debe conocer el sentido de los fenómenos psíquicos, su finalidad. (Cfr. Prologo 2da. edic. a los JUNG, C.G., *Collected Papers on Analytical Psychology* en *OC* 4, 13 # 688, p.278). Por otra parte, las neurosis constituyen un sufrimiento de la psique que no ha encontrado su sentido (Cfr. *Op. Cit.*, #497, p.206). Como puede verse, ello anticipa, entre otros, al propio Victor Frankl.

⁷ Conocido es el comienzo de JUNG, C.G. (1981) *Recuerdos, Sueños, Pensamientos*, Barcelona, Caracas, México, Ed. Seix Barral, p. 16: en donde señala que lo que el hombre parece ser *sub specie aeternitatis* sólo se puede expresar mediante un mito, pues: “El mito es más individual y expresa la vida con mayor exactitud que la ciencia” y, por ello, para contar el proceso de autorrealización de lo inconsciente en su vida, contará su mito (“el mito de mi vida”, “Mythus meines Lebens”, JUNG, C.G. (1962) *Erinnerungen, Träume, Gedanken*, Zürich und Stuttgart, Rascher Verlag, p. 10) en donde Jung se propone relatar el mito de su vida. El concepto de mito como “historia verdadera” es arcaico y fue retomado por estudiosos de la religión, tales como Raffaele Pettazzoni, quien se refiere a la “verità del mito” (PETTAZZONI, R., (1948) *Miti e leggende*, Torino, vol 1, ab initio), Bronislaw Malinowski, para quien el mito es “una realidad que se vive” (MALINOWSKI, B. (1974) *Magia, ciencia y religión*, Barcelona, Ariel, p. 123, publicado originalmente en 1948, Malinowski, B. (1926) *Myth in Primitive Psychology*, New York, 1926 en donde se señala que los mitos validan el orden social.) y Mircea Eliade, por ejemplo en ELIADE, M. (1978) *Mito y realidad*, Barcelona, Labor, 1978, ps. 12 s, (ELIADE, M. (1963) *Myth and Reality*, New York,).

⁸ “Todos mis trabajos, todo cuanto he creado espiritualmente, parte de mis imaginaciones y sueños iniciales.”, *Op. Cit.*, p. 200.

⁹ La distinción propuesta por REINCHENBACH, H. (1938). *Experience and Prediction*, Chicago, University of Chicago Press, fue aceptada casi sin objeciones por décadas. Cfr. una síntesis en ECHEVERRÍA, Javier (1998) *Filosofía de la ciencia*, Madrid, Akal, ps. 51-66.

¹⁰ “Acerca de la psicología del arquetipo del niño” en JUNG, C.G., *Los arquetipos y lo inconsciente colectivo*, *OC* 9/1 # 302, p. 167.

¹¹ El carácter “espiralado” de la hermeneútica es isomorfo al desarrollo simbólico de la psique; Cfr. JUNG, C.G., *Psicología y alquimia*, en *OC* 12 #34, p. 30.

¹² JUNG, C.G., *Psicología y alquimia*, *OC* 12 # 14, p.14. Por cierto, es objetable que “tocar el alma” sea un sinónimo de psicología, salvo que se devuelva a “psicología” su sig-

nificado original. Cfr. NANTE, Bernardo (2005) El abismo de Dios en la psicología en PINKLER, Leandro (comp.), *La religión en la época de la muerte de Dios*, Buenos Aires, Marea.

¹³ Esta afirmación no supone una aceptación *in toto* de Thomas Kuhn, pues en este caso –para utilizar el mismo lenguaje kuhniano– la “acumulación de anomalías” que presenta el paradigma psicológico científico y que obliga a cambiarlo no lleva a un rechazo por ser “metafísico”. Por el contrario, por así decirlo, el “paradigma” junguiano –aún naciente– pone en vilo todo el proyecto moderno de ciencia y se abre a una recuperación de la metafísica.

¹⁴ Armando Asti Vera señala que las ciencias tradicionales “... se basan en la metafísica y no son más que aplicaciones de los principios trascendentes al orden fenomenal de la manifestación.” (ASTI VERA, A. (1967) *Fundamentos de la filosofía de la ciencia*, Buenos Aires, Nova, ps. 19 (Cfr. cum grano salis ps. 18-30 y, en particular la referencia a Jung en ps. 25-25) La teoría junguiana no parte de la metafísica, pero su aproximación fenomenológico-hermeneútica sui generis desemboca en la metafísica, que opera como una suerte de “causa final”. Por cierto, todo ello expresado desde nuestra propia interpretación de la obra junguiana.

¹⁵ SHAMDASANI, Sonu (2003) *Jung and the Making of Modern Psychology. The Dream of A Science*, Cambridge, Cambridge University Press, p. 248.

¹⁶ No se trata, por cierto, de una adhesión acrítica a un “orientalismo” y, menos aún, a alguna forma de “ocultismo”. Esta cuestión excede el alcance de este artículo.

¹⁷ NANTE, Bernardo (2003), Una aproximación filosófica a los valores subyacentes del proyecto científico, en Cesarín, Sergio (coord.) *Ética y economía globalizada: solidaridad y redes sociales*, Universidad del Salvador – Federación internacional de universidades católicas, Buenos Aires, ps 65-90.

¹⁸ JUNG., C.G., El punto de inflexión de la vida en *Dinámica de lo inconsciente*, OC 8 # 794.

¹⁹ Los comentaristas suelen soslayar lo que, de hecho, soslaya habitualmente la ciencia vigente. Es evidente que lo “empírico” no sólo no se limita a la experiencia externa, sino que abarca la interna, pero –en el caso de Jung– éste no se restringe a los actos mentales conscientes, sino que incluye los inconscientes. Más aún da cuenta del sentido que en ellos aparece ante la conciencia y enlaza el acontecer externo y el interno. Podría integrarse todo ello con el concepto de experiencia de vida de E. Spranger (Cfr. SPRANGER, E. (1945), *La experiencia de vida*, Buenos Aires) y la articulación de ella con la sabiduría pues, como señala Aranguren, aunque se distinguen ambas son vividas “desde dentro”. (Cfr. ARANGUREN, J.L.L.; Julián Marías y otros (1960) *Experiencia de vida*, 1960, ps 21-46.)

²⁰ SHELBURNE, Walter A. (1988) *Mythos and Logos in the Thought of Carl Jung. The Theory of the Collective Unconscious in Scientific Perspective*, New York, State University of New York, p. 11.

²¹ No se trata de una confusión entre lo psíquico y lo biológico, sino de una ampliación de lo psíquico sin desconocer discontinuidades. Por cierto, la teoría junguiana influyó en Alverdes, Lorenz, Sheldrake, etc.

²² Cfr. MERLEAU PONTY, M. (1945), *Phénoménologie de la perception*, Paris, Gallimard. Excede nuestro actual propósito un abordaje crítico a los límites de tal fenomenología en relación con la teoría junguiana, si bien damos algunas indicaciones en la Segunda Parte de este mismo artículo. Sobre la fenomenología y las ciencias del hombre Cfr. STRASSER, Stephan (1974). *Phénoménologie et Sciences de l' homme. Vers un nouvel esprit scientifique*, Louvain – Paris, Publications universitaires de Louvain.

²³ ROMANYSHYN, R.,(2000), Alchemy and the subtle body of metaphor. Soul and Cosmos, en Brooke, Roger, *Pathways into Jungian World. Phenomenology and Analytical Psychology*, London & New York, Routledge.

²⁴ Cfr., en particular, JUNG, C.G., *GW* 8,18; 8,19; 14/1; 14/2, *passim*.

²⁵ El término no es junguiano, sino de Henry Corbin. Para una introducción sobre el tema, Cfr. NANTE, B.,(1999-2000) Imaginación y cuerpo sutil en el proceso de individuación, *Página del Sur*, nr. 2- Primavera-Verano.

²⁶ Se trata del Prólogo al libro de Rosa Mehlich sobre Fichte incluido en *GW* 18/2 # 1732, p.832.

²⁷ JUNG, C.G., Prólogo a Olga von Koenig - Fachsenfeld, *Transformación del problema del sueño desde los románticos hasta el presente*, en *GW* 18/2 # 1740, p. 835. Cfr. SHAMDASANI, Sonu (2003), *Op. cit.*, ps 166 – 167. Puede agregarse una tercera referencia en un seminario del 22 de noviembre de 1938 en donde afirma: “ Que hablemos de lo inconsciente es una herencia directa del espíritu romántico.” JUNG, C. G., (1938-1939) *Psychological Interpretation of Children's Dreams (1938 – 1939)*, ed. L. Frey & Rivkah Schärf, ed. priv., p. 47

²⁸ C. G. JUNG (1973) *Letters*, vol I: 1906 - 1950 London, Routledge & Kegan Paul, ps. 278-279: “Me parece que la tarea más importante de cualquiera que forme almas en la actualidad es mostrar una vía de acceder a la experiencia original que, por ejemplo, san Pablo encontró claramente camino de Damasco. Según mi experiencia, sólo así se inicia el proceso de desarrollo del alma del individuo.”

²⁹ Cfr. NANTE, B, (2005), El abismo de Dios en la psicología, en Pinkler, Leandro (comp.), *La religión en la época de la muerte de Dios*, Buenos Aires, Marea, 205-217.

³⁰ Si bien Jung mantuvo relación con numerosos sabios de su época de las más diversas áreas, fue –hasta donde puede advertirse– en gran medida un *outsider* en punto a las nue-

vas corrientes epistemológicas; indigencia que quizás empobreció sus fundamentaciones pero que a la vez le dio libertad para la creación. Se trata, en buena medida, de reformular su teoría sobre bases epistemológicas explícitamente mejor fundadas; tarea mayúscula que aún debe ser emprendida. El presente trabajo es un modesto aporte provisional e incipiente en esa dirección.

³¹ Cfr. las buenas consideraciones que, al menos sobre esta cuestión, hace HOSTIE, Raymond (1971) *Del mito a la religión en la psicología analítica de C.G.Jung*, Buenos Aires, Amorrortu, 1971, ps. 20 – 25.

³² Cfr. OC.1

³³ Cfr. Jung, C.G., *Neue Bahnen der Psychologie* en GW 7,3 #409, p. 254. A continuación el texto insiste, con estilo inflamado, que debe dejarse el ropaje de erudito y recorrer el mundo con un corazón abierto. (La primera versión de este texto es de 1912, aunque fue varias veces corregido y la *Obra Completa* incluye la última de 1943.)

³⁴ Sincronicidad como principio de conexiones acausales en OC # 821, p.417.

³⁵ Cfr. cómodamente, HOSTIE, R. (1971) *Op. cit.*, ps. 22s.

³⁶ Cfr. JUNG, C. G., *Psicología analítica y cosmovisión* en OC 8, 14, #689 ss y el comentario de MAILLARD, Claude, *La psychologie de Jung. Esquisse d' une réflexion épistemologique*, en Cazenave, Michel (ed.) (1984) *Carl Gustav Jung*, Paris, L' Herne, pp. 406-436.

³⁷ Cfr. Maillard, C., *Op. cit.*, passim

³⁸ JUNG, C.G., *Über das psychologische Verständnis pathologischer Vorgänge* en GW3, 2 *Psychogenese der Geisteskrankheiten*. El texto original que corresponde a una conferencia dictada en inglés en 1914, fue ampliado levemente en su versión alemana y publicado como suplemento de *Der Inhalt der Psychose*.

39. Se trataría en realidad de una explicación en vez de la comprensión a la cual aspira Jung.

⁴⁰ BACHELARD, Gaston (1972), *La Poétique de l' espace*, Paris, P.U.F., p. 12.

⁴¹ Cfr. FREY-Rohn, L. (1991) *De Freud a Jung*, México, FCE., p.193. Sobre una exposición del método sintético o constructivo, Cfr. *Über die Psychologie des Unbewussten* en GW 7, 1 que cuenta con un capítulo (cap.6) dedicado al tema.

⁴² Jung, C. G., (1971) *Tipos Psicológicos*, Barcelona, Sudamericana, # 782, p. 505 (Seguimos aquí la trad. española que merecería incorporarse en la *Obra Completa* con ajustes menores. Corresponde a GW #782)

⁴³ Se trata de su tesis doctoral, Cfr. GW 1, 1, OC 1,1. (Por cierto contamos con las conferencias de Zofingia dictadas por Jung siendo aún alumno universitario. Cfr. JUNG, C.G. (1983) *The Zofingia Lectures*. Princeton, Bollingen.

⁴⁴ *Ibid.*

⁴⁵ *Op. cit.*, #783 p.506.

⁴⁶ Publicado por primera vez con el título de *Wandlungen und Symbole der Libido. Beiträge zur Entwicklungsgeschichte des Denkens*, Leipzig & Vienna, Franz Deuticke, 1912 (si bien una parte ya había sido publicada el año anterior). El texto revisado y ampliado lleva el título de *Symbole der Wandlung. Analyse des Vorspiels zu einer Schizophrenie* y constituye el vol 5 de la *Obra Completa*. (A la fecha sólo se cuenta con la versión de Enrique Butelman; *Símbolos de transformación*, Buenos Aires, Paidós, 1962.)

⁴⁷ JUNG, C.G., Prólogos a los *Collected Papers on Analytical Psychology*” en *OC* 4, 13 #687 p. 278, Cfr. FREY-ROHN, L., *Op. cit.*, ps. 193-4.

⁴⁸ JUNG, C. G., *Op. cit.*, #689.

⁴⁹ JUNG, C. G., “Sobre la energética del alma” en *OC* 8,1 #2 p. 5. La edición de la *Obra Completa* incluye una versión de 1948 que revisa ligeramente el texto original de 1928.

⁵⁰ Cfr. Wundt, W. W., *Grundzüge der physiologischen Psychologie III*, ps. 692ss.

⁵¹ Jung, *Op. cit.*, # 3.

⁵² Wundt, W., *Op. cit.*, III, p. 737 en Jung, *Op. cit.*, #5 nota 7.

⁵³ Wundt, W., *Op. cit.*, III, 728 citado en Jung, C. G., *Op. cit.*, # 4, p.6, nota 4.

⁵⁴ JUNG, C.G., *Ibid.*

⁵⁵ BAUDOIN, Charles (1967) *La obra de Jung y la psicología de los complejos*, Madrid, Gredos, p. 369.

⁵⁶ De Waelhens, A (1955) *Le Disque Vert*, Numéro spécial à l' occasion du 80° anniversaire, Bruxelles, 1955, ps. 80-82.

⁵⁷ BOSS, M. (1982) *Psychoanalysis and Daseinanalysis*, New York, Da Capo Press.

⁵⁸ RAUHALA, L. (1984) The basic views of C. G. Jung in the light of hermeneutic metascience in R. Papadopoulos and G. Saayman (eds.), *Jung in Modern Perspective*, Craighall, A.D. Donker, ps. 229- 244.

⁵⁹ CARAFIDES, J., (1974) “H. Spiegelberg on the phenomenology of C.G. Jung”, *Journal of Phenomenological Psychology*, 5, 1, 75-80.

⁶⁰ RAUHALA, L., *Op. cit.*, y Hobson, R. (1980) “The archetypes of the collective unconscious” en M. Fordham & al. (eds.) *Analytical Psychology: a Modern Science*, London, Academic Press, ps 66-75.

⁶¹ BETTELHEIM, B. (1983) *Freud and Man's Soul*, London, Chatto and Windus.

⁶² RICOEUR, Paul (1965) *De l'interprétation. Essai sur Freud*, Paris, Ed. du Seuil.

⁶³ Esta lista basada en BROOKE, R. (1991), *op. cit.*, p. 28 y p. 176 no supone una aceptación de la concepción “freudocéntrica” de Jung.

⁶⁴ Cfr. *OC* 11,1.

⁶⁵ Cfr. JUNG, C.G., “Acerca del aspecto psicológico de la Coré” en *OC* 9/1,7 #308, p. 170.